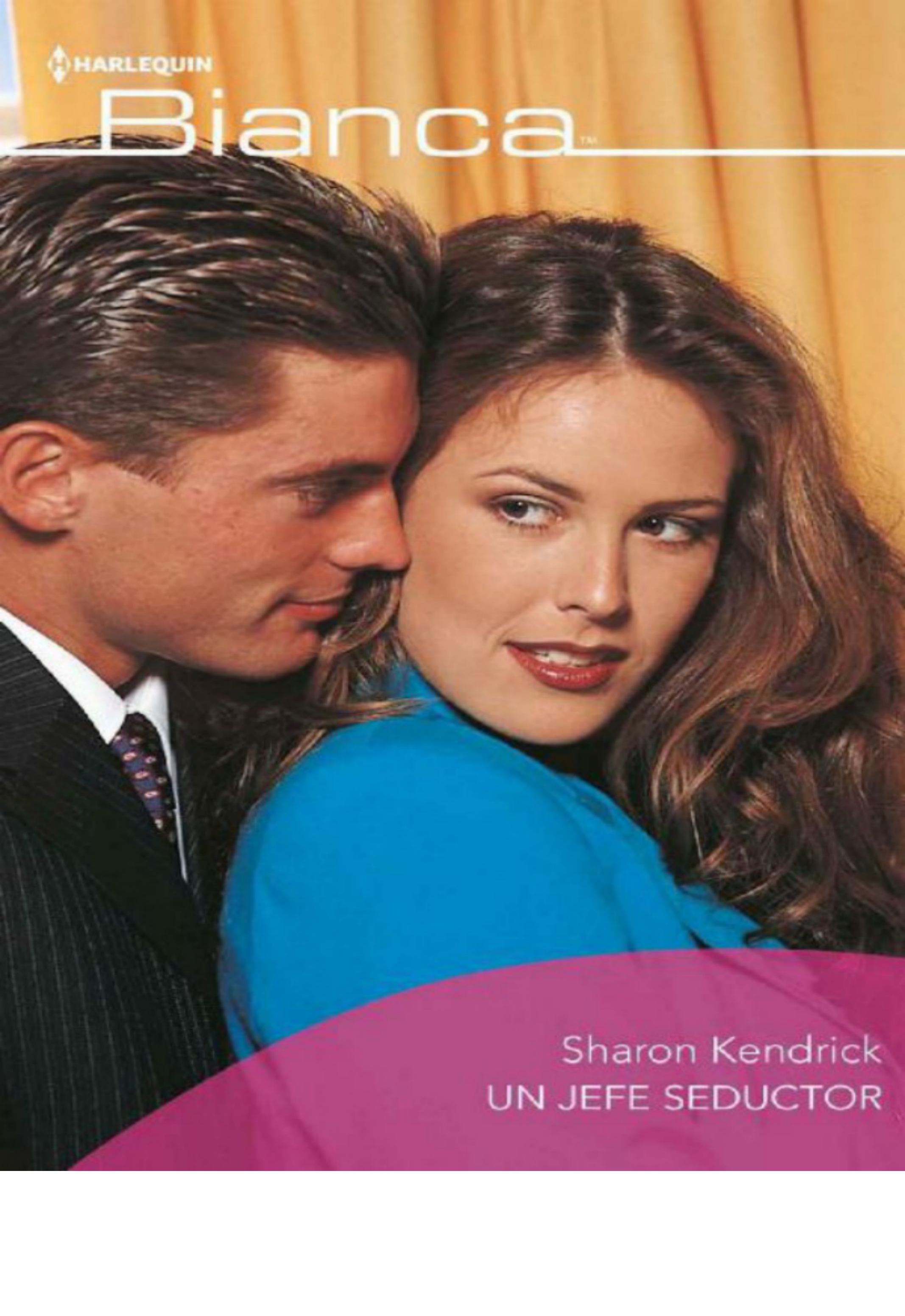

HARLEQUIN
Bianca
Sharon Kendrick
UN JEFE SEDUCTOR

Bianca™

UN JEFE SEDUCTOR

Sharon Kendrick



Un jefe seductor

Sharon Kendrick

11º Serie Multiautor “De nueve a cinco”

Argumento

Dan McKnight, jefe de Megan, insistía en que fingiese ser su amante. Quería convencer a una jovencita obsesionada con él que ya estaba enamorado de otra mujer. Y la había elegido a ella para que se hiciese pasar por esa otra mujer…

Pero después de compartir habitación y cama, Dan y Megan empezaron a sentirse atraídos el uno por el otro. De hecho, su interpretación como pareja era tan convincente, que habían acabado haciendo el amor loca y apasionadamente. El problema era que la farsa debía terminar cuando regresaran al trabajo…

Capítulo 1

Empezó con una carta. Megan la sujetó con ambas manos y la miró con atención. Una carta de amor, pensó.

El sobre era rosa y la caligrafía estaba muy cuidada. Habían usado una pluma buena con una tinta igualmente buena.

Giró el sobre y sonrió. Era asombroso: ¡pensar que su jefe, tan frío y exigente siempre, pudiera ser el destinatario de otra carta así!

Megan llevaba casi tres meses trabajando para Dan McKnight. Todavía tenía que pellizcarse para creérselo. Las oficinas de Softshare siempre bullían de actividad, la plantilla era joven y el sueldo más que generoso.

Sabía que no era fácil encontrar trabajos de ese calibre en el sector informático y no ignoraba lo afortunada que era.

Softshare pertenecía a un emporio estadounidense y tenía por objetivo dominar el mercado del software. Era una empresa dinámica e innovadora con un noventa por ciento de hombres y un diez por ciento de mujeres.

Lo que, en teoría, debería ser el sueño de cualquier chica soltera. El único problema era que casi todos los hombres eran prácticamente idénticos. Y no resultaban nada excitantes.

Solo uno se apartaba del rebaño… Dan McKnight precisamente. El jefe de Megan, lejos de amoldarse a estereotipos, rompía en mil pedazos cualquier molde.

Mientras que la mayoría llevaba el pelo largo y descuidado, Dan visitaba la peluquería con frecuencia y, de alguna manera, se las arreglaba para que su cabello no estuviera nunca demasiado largo ni demasiado corto.

Casi todos llevaban vaqueros y camisetas, y a veces hasta se quitaban los zapatos cuando estaban en sus puestos de trabajo. Pero Dan no. Con su pelo engominado y sus impecables trajes grises, él siempre parecía fresco y reluciente, como si acabara de salir de las páginas de una revista sobre moda.

¡Lástima que no lo encontrara atractivo!

Megan dejó la carta y frunció el ceño al ver que la puerta del despacho se abría de golpe. Se puso recta en el asiento nada más ver a Dan, cuya envergadura hacía que los trajes le sentaran de

maravilla. Siempre llevaba trajes grises, a juego con sus ojos y en contraste con aquel cabello negro y recién cortado.

Solo su boca contrastaba con la serenidad y el control de aquel hombre. Era demasiado carnosa, demasiado latina y demasiado sensual para pertenecer a Dan McKnight.

—Bueno, ¿cómo es?

La compañera de piso siempre le hacía la misma pregunta y Megan siempre tenía dificultad en contestar. Porque Dan miraba a la gente de un modo tan distante y analítico que era complicado adivinar sus pensamientos.

Sabía que estaba soltero y que vivía en un lujoso barrio residencial de Londres, así como que tenía una de las mentes más privilegiadas de la industria informática. Pero eso era todo cuanto había logrado sacar en claro, aparte de atributos tan evidentes como su inmensa riqueza, inteligencia y apostura. Y su mal genio.

—Buenos días, Dan —lo saludó con educación.

Este se hallaba embebido en sus pensamientos, de modo que las palabras de Megan lo desconcentraron. La miró como si tratase de recordar quién era y luego esbozó una tenue sonrisa de satisfacción al tiempo que cerraba la puerta del despacho.

Su nueva ayudante parecía estar adaptándose bien, pensó. Era trabajadora, entusiasta, agradable a la vista… aunque no de una belleza convencional. Sonrió de nuevo y concluyó que no se trataba de una mujer vanidosa.

Ese mismo día, por ejemplo, llevaba unos pantalones marrones y un jersey color crema que no hacían nada por realzar la palidez de su piel. A Dan le gustaba que sus ayudantes fuesen eficientes y poco… decorativas, así que Megan cumplía sus deseos a la perfección.

—Buenos días, Megan —le devolvió el saludo mientras soltaba el maletín.

—¿Qué tal la obra de anoche? —le preguntó ella.

Dan frunció el ceño. ¿Le había contado que iba a ir al teatro?

—Fue… digna.

—Seguro que el director se sentiría halagadísimo si oyera una crítica tan deslumbrante —Megan sonrió—. Yo la vi hace una semana y me pareció genial.

—¿De veras? Curiosa coincidencia —le lanzó una mirada gélida, a juego con el tono desinteresado de su voz, y suspiró. Si algo podía echarle en cara a Megan Phillips era su irreprimible necesidad de charlar. Hablaba de lo que fuese. Todo el tiempo. Quería conocer sus gustos musicales, qué periódicos leía o su opinión sobre la situación económica.

Y en algunas ocasiones, sorprendentemente, se descubría

discutiendo sobre esos temas con ella.

—Será mejor que nos pongamos a trabajar —dijo Dan—. Si ya hemos terminado de revisar la cartelera, por supuesto.

Lo que Megan interpretó como una indicación de que debía cerrar la boca. El problema era que le costaba callarse, ya que provenía de una familia numerosa y dicharachera.

—¿Preparo un poco de café? —ofreció.

—Para mí no hace falta —Dan la censuró con la mirada—. Acabo de desayunar.

—Ah, de acuerdo —Megan agarró el sobre rosa—. Mira lo que ha llegado en el correo de esta mañana.

—¿Qué es? —preguntó él con aire distraído mientras colgaba la chaqueta.

—Una carta.

—¡Sí, eso ya lo veo!

—«Otra» —enfatizó Megan.

—Pues deshazte de ella, ¿quieres?

—¿No vas a leerla?

—¿Qué has dicho? —replicó Dan, irritado.

—Bueno… es que me he fijado en que has recibido otros sobres parecidos…

—¿Y?

—Y ni siquiera te has parado a leerlos —insistió Megan.

—No —Dan negó con la cabeza—. No es que no me haya parado a leerlos. Eso suena a que he sido perezoso o descuidado. He decidido no leerlos.

—¿Puedo preguntar por qué? —inquinó ella, intrigada.

—¡No, no puedes preguntar por qué! —contestó Dan, impacientado—. Te pago para que me ayudes… ¡no para que me interrogues! Así que haz el favor de refrescarme la memoria y dime qué tengo en la agenda esta mañana, ¿quieres, Megan?

—Está bien, está bien. Tienes dos mensajes de Japón en el buzón de voz. Ah, y una llamada de la República Checa. Alguien del gobierno necesita hablar contigo y espera que le devuelvas la llamada cuando puedas.

—Bien, sin problema —Dan fue hasta la ventana y miró hacia el aparcamiento, donde una docena de coches, incluido el suyo, brillaban bajo el sol matutino—. ¿Qué más?

—Tienes una reunión con Sam Tenbury para discutir la posibilidad de que Softshare promocione un torneo de tenis. Comeréis juntos…

—¿Dónde?

Megan esbozó una sonrisa cómplice. Había buscado el mejor restaurante de la zona y estaba segura de que ni siquiera Dan

McKnight pondría pega alguna a su elección.

—He reservado mesa en ese restaurante a la orilla del río…

—Cámbialo.

—Pero…

—Cámbialo —repitió él—. Estoy demasiado ocupado para perder el tiempo con unos cocineros que esperan que aplauda hasta el modo en que sujetan la bandeja de la comida.

Megan frunció el ceño. Había salido con un cocinero mientras estudiaba Secretariado y sabía las horas que estos dedicaban para presentar con esmero cualquier plato.

—Solo hacen su trabajo, Dan…

—Lo sé —Dan sonrió—. Pero no quiero que interfiera con el mío. Y es el tipo de restaurante al que los hombres van con sus queridas…

Megan alzó la vista. Era una palabra muy anticuada para que la usara un hombre como Dan.

—¿Y eso cómo lo sabes?, ¿hay algún cartel en la puerta?

—Es evidente que no has estado allí.

—Te aseguro que ahora no lo reconocería… ¡aunque hubiera estado! ¿Qué tiene de malo?

—Tiene que está mal iluminado, ponen música rancia, la comida es mediocre y el precio es elevado en relación a la calidad. No quiero revisar un menú del grosor de una enciclopedia ni que me llenen la copa de vino cada dos por tres para acabar emborrachándome. No tengo pensada ninguna seducción romántica…

—¡Menos mal!, ¡Sam Tenbury se sentirá aliviado! —bromeo Megan.

—Solo quiero comer y hablar de negocios —insistió él.

—De acuerdo —Megan lo miró a los ojos—. Pues no conozco ningún otro restaurante por la zona. ¿Alguna sugerencia?

—¿Por qué no comemos aquí? —Dan enchufó su ordenador portátil—. La comida del bar es buena… y no hay riesgo de que el alcohol nuble el juicio, pues la bebida más fuerte que sirven es cerveza.

Pobre Sam Tenbury, pensó Megan. Si pensaba que iba a tener una comida por todo lo alto, se iba a llevar una gran desilusión.

—Está bien —accedió Megan—. Anularé la reserva. Espero que Sam no hubiese pensado en algo más lujoso.

—¿Por qué iba a pensarlo? Ya deberías saber cómo funciona esta empresa, Megan. ¿Cuánto llevas aquí?, ¿un mes?

—Casi tres —lo corrigió ella, la cual se preguntó si Dan había entrenado aquella capacidad de hacer que una mujer se sintiera invisible.

—¿Y qué has aprendido hasta ahora? —le preguntó él tras tomar asiento y estirar las piernas.

¡Se sintió como una colegiala a la que el profesor le preguntaba la tabla de multiplicar!

—Que el ahorro es el secreto de la prosperidad —contestó Megan—. Que los directores de Softshare no viajan en primera. Que vuestros despachos no son palacios.

—¿Y por qué no? —le preguntó Dan con suavidad.

—Porque destináis todos los beneficios a aseguraros vuestro puesto por delante de la competencia —respondió ella obedientemente.

—Muy bien, Megan —dijo Dan mientras miraba al monitor del ordenador.

—¿Soy la mejor de la clase? —preguntó Megan en voz alta.

Pero Dan no le prestó atención. Estaba mirando las cifras que aparecían en el monitor con una fascinación que la mayoría de los hombres reservaban para las mujeres guapas.

El despacho era grande y espacioso, amueblado de acuerdo con los consejos de un diseñador. Había dos mesas, una frente a otra, lo cual no agradaba a Megan mucho. Tener aquellos ojos grises delante no la relajaba precisamente. Y no podía pintarse las uñas ni hablar con una amiga por teléfono teniendo al jefe al lado todo el tiempo.

En una esquina del despacho había un sofá y dos sillas cómodas, con una mesa baja entre medias. Todas las semanas ponían flores nuevas. Para respetar el orden imperante, Megan mantenía su mesa bien organizada. Se había leído el manual de la empresa sobre cómo reducir el estrés, aunque no estaba segura de que estuviese sirviéndole de ayuda.

Trabajaron sin parar hasta que a Megan le empezaron a sonar las tripas. Cuando Dan se concentraba, parecía olvidarse de cosas tan mundanas como la comida o la bebida.

—¿Te apetece un té? —le ofreció ella, esperanzada.

—No… mejor un café solo.

—Tanta cafeína te afectará a los nervios, Dan…

—Sí, a ti también se te da bien eso. Sin necesidad de café ni nada —replicó con sarcasmo mientras revisaba el correo electrónico.

Megan salió a prepararle un café bien cargado. Luego regresó, colocó la taza en su mesa y se comió una manzana mientras Dan hablaba con alguien de Tokio y fruncía el ceño cada vez que ella hincaba el diente en la fruta.

Luego atendió otra llamada. A mediodía avisaron en recepción de que Sam Tenbury lo estaba esperando abajo. Dan estiró los

brazos por encima de la cabeza y bostezó.

Megan se sorprendió preguntándose a quién habría llevado consigo al teatro y hasta qué hora habrían prolongado la noche. También se preguntó si la afortunada sería la misma mujer que había escrito aquella carta que seguía sin abrir en la bandeja del jefe.

—Bueno, Megan, ya sabes dónde estoy. Te veo en una hora —le prometió este justo antes de marcharse.

La habitación pareció quedarse vacía. Megan se puso a organizar una reunión para el mes siguiente, que había de congregar a todos los empleados de Softshare.

Cuando estaba pensando en comerse el sándwich que siempre se preparaba en casa antes de ir en moto a trabajar, el teléfono sonó.

—Buenos días, oficina de Dan McKnight, le habla Megan. ¿En qué puedo ayudarlo?

Hubo una pausa. Luego se oyó la voz de una mujer:

—¿Está ahí, por favor? —preguntó en un tono fingidamente desenfadado, como si hubiera estado ensayándolo varios minutos—. Dan, quiero decir…

—Me temo que no —respondió Megan—. Está en una reunión.

—Ah… entiendo —dijo la mujer, cuya voz parecía muy joven y alicaída.

—¿Quiere que le deje algún mensaje?

—No hace falta.

—¿O quién lo ha llamado?

—¡No, no! No importa. De verdad.

Pero la mujer sonaba tan abatida que Megan se sintió obligada a insistir:

—¿Está segura? Puedo pasarle cualquier recado. Volverá en seguida.

—Ya… —la mujer tragó saliva—. Pero no sé si servirá de algo… —añadió vacilante.

Megan, que era la mayor de cinco hermanos, tenía experiencia en esos asuntos, y estaba convencida de que la desconocida quería desahogarse.

—Vamos, puede contármelo —la animó.

—¿Sa… sabe si está recibiendo el correo sin problemas? —preguntó la mujer con timidez.

¡Estaba claro! ¡Era la autora de aquellas cartas! Se jugaba el sueldo de un mes a que tenía razón. Pero, ¿cómo iba a reconocer que sus cartas habían llegado sin admitir también que Dan McKnight se negaba a leerlas?

—Dan siempre tiene mucha correspondencia a la que atender, por correo electrónico y postal —dijo Megan con tacto—. Ahora

está muy ocupado, así que es probable que no haya prestado atención al correo.

—Sí… supongo que por eso no me ha contestado —murmuró la mujer, desanimada.

—¿Por qué no le digo que la llame cuando vuelva?

—No, déjelo —la mujer soltó una risa hueca—. Lo veré este fin de semana. Ya hablaré con él entonces. Gra… gracias por todo.

La conexión se interrumpió. Megan se quedó mirando el teléfono unos segundos y, durante el resto de la mañana, fue organizando diversas citas para Dan al tiempo que pensaba las palabras exactas que le diría.

Al entrar Dan en el despacho, le dio la impresión de que Megan quería hablarle y se preguntó si no se habría precipitado al felicitarse por la elección de la secretaria.

¡Llevaba toda la mañana incordiándolo! Y no dejaba de llamarle la atención sobre aquellas malditas cartas… que empezaban a perturbar su conciencia.

Megan estaba ansiosa por hablarle de la llamada de teléfono, pero también quería ser competente y profesional, de modo que aguantó toda la tarde y esperó al final de la jornada para sacar el tema.

—¿Dan?

—¿Sí?

—Te llamó tu novia mientras estabas fuera.

—¿De veras? —repuso él con cautela.

—Sí —algo en el tono de voz de su jefe la hizo sentirse incómoda.

—¿A qué novia te refieres? —quiso saber Dan.

—¿Es que tienes más de una? —Megan no pudo evitar emplear un tono de voz indignado y acusador.

Dan se quedó en silencio unos segundos. Pensó en despedirla en ese mismo instante, pero comprendió que no podía echarla porque pensara que salía con varias mujeres. En todo caso, debía sentirse halagado.

—Tengo muchos amigos de ambos sexos —contestó con suavidad—. ¿Tú no?

—Eh… sí —balbuceó Megan—. Por supuesto.

—Normal —Dan siguió mirándola—. Bueno, ¿quién era?

—No… no lo sé.

—¿Es que no se te ha ocurrido preguntárselo?

—Yo…

—¿No sabes que tomar mensajes incompletos es una de las cosas más irritantes que hay en la vida? —protestó él, acalorado—. ¿No te parece un tanto incompetente por tu parte?

Megan se sintió dividida entre defender su trabajo y defender a la mujer del teléfono.

—Me dijo que te había escrito, pero que no te habías molestado en contestarle —se atrevió a decir finalmente.

Dan notó que su ayudante estaba mirando hacia el cajón en el que había guardado todas las cartas rosas.

—¿Ah, sí? —preguntó él en un tono peligroso de puro suave—. ¿Y qué más te ha dicho?

—Que te verá este fin de semana y que ya hablaréis entonces.

—Entiendo —Dan suspiró.

—Parecía muy… triste, Dan.

—¿Y? —repuso este, como si estuviera pidiéndole su opinión.

—Creo que al menos le debes la cortesía de responder.

—¿De veras? —contestó él, tratando de no mostrar su enojo—. ¿Y no se te ha ocurrido pensar que quizá haya alguna razón para que no conteste?

—A algunos hombres les gusta tratarnos a patadas —repuso Megan—. Quizá eres uno de ellos.

—Ya veo que me tienes en gran estima —se burló él.

—Solo era una posibilidad —Megan se encogió de hombros—. En realidad no te conozco muy bien.

—¡No, no me conoces! —gruñó Dan—. Porque si lo hicieras, sabrías que mi ego no necesita alentar la atención de una adolescente para reforzar mi autoestima.

—¿Una adolescente? —repitió Megan, asombrada.

—¡Tampoco es tan descabellado! —se defendió él—. Tengo treinta y tres años. Todavía me conservo bien. Además, ella tiene casi veinte.

—Y habéis tenido una aventura, ¿no?

Puede que el hecho de no estar acostumbrado a que personas que apenas lo conocían pensaran tan mal de él fuese lo que lo irritaba tanto; pero, se debiera a lo que se debiera, lo cierto era que lo estaba sacando de quicio.

—¡Maldita sea! —bramó Dan—. ¡No he tenido ninguna aventura con ella! ¡Nunca me he considerado un asaltacunas!

—¿Entonces? —preguntó Megan, confundida—. ¿Cómo se llama y qué pasa con ella?

Dan suspiró. Él prefería mantener su vida privada tal cual, en privado. Pero si Katrina empezaba a escribirle y telefonearlo al despacho…

—Se llama Katrina y cree que está enamorada de mí.

—¿Por qué?

A pesar de todo, Dan rió.

—¿Qué crees?, ¿piensas que abusé de ella cuando apenas era un

bebé?

—¡Dan!

—¡Pues me mirabas como si hubiera hecho algo así! ¿Por qué te has puesto de su parte?

—Yo no me he puesto de parte de nadie. Simplemente, me ha dado pena, nada más.

—¿Te ha dado pena aunque no la conoces en absoluto? —la atacó Dan—. De hecho, ¡no tienes idea de cuál es la situación!

—Es posible —concedió Megan—. Pero eso tiene fácil remedio: ¿por qué no me lo cuentas?

Dan le lanzó una mirada de censura. Lo habían educado para no dejarse llevar por las emociones… y depositar su confianza en prácticamente una desconocida podía ser un error.

Pero tampoco podía seguir sin prestar atención a aquella situación. Y Megan no tenía por qué aliarse con Katrina. No la conocía y no ganaría nada con aquel asunto. ¿Qué tenía de malo confiar en su ayudante?

—Quizá debería hacerlo —dijo Dan tras tomar asiento, mirándola a los ojos fijamente—. Está bien, te contaré toda la historia de Katrina y ya veremos luego lo que opinas —añadió con una sonrisa amenazadora.

Capítulo 2

—Imagínate —dijo Dan mientras agarraba el pisapapeles de la mesa—. Una niña pequeña que crece sin un solo hombre a su alrededor.

Megan miró a su jefe, que estaba describiendo el extremo opuesto a la infancia de ella. Había estado rodeada por una legión de hombres, de niños para ser exactos, de los que había tenido que cuidar desde muy pequeña.

Pero sabía que lo normal no era que las madres se muriesen siendo sus hijos aún pequeños. Gracias a Dios. Apartó de sí tan doloroso recuerdo y miró hacia los grises ojos de Dan.

—Te refieres a Katrina, ¿verdad?

—Exacto —asintió Dan—. Ella y su madre vivían cerca de nosotros. Mi madre es su madrina y yo conozco a Katrina de toda la vida.

—Aja.

—Es la hija de una actriz muy, muy bella… y muy egoísta —prosiguió él—. Como muchas mujeres guapas, consideró el nacimiento de su hija como una catástrofe.

—¿Por qué?

—Porque las hijas tienen la manía de crecer —respondió Dan—. Son la prueba más evidente del paso de los años. Y no hay nada que una actriz odie más que envejecer. ¡Porque no se puede fingir que se tienen treinta y pocos años cuando tu hija ha cumplido los veinte!

—No, supongo que no. Nunca lo había mirado desde ese punto de vista —Megan lo miró fascinada: ¡Dan McKnight le estaba abriendo su corazón!—. ¿Y qué pintas tú en todo esto?

Dan llevaba unos días preguntándose lo mismo, haciendo memoria en busca de algo que pudiera haber dicho o hecho y que pudiera haber malinterpretado aquella jovencita inocente.

—Desde que Katrina era una niña, se pegaba a mí y me seguía a todas partes en cuanto me veía. Me miraba como si fuera incapaz de hacer nada malo —contestó Dan, el cual mentiría si no reconociera que, en aquel entonces, se había encariñado de la niña. Y había disfrutado de su adoración. Katrina había sido como la hermana

pequeña que nunca había tenido.

—¿Y qué hiciste al respecto? —le preguntó Megan.

Dan suspiró. Debía reconocer que se había equivocado de estrategia. Había creído que Katrina se olvidaría de él si no le hacía caso.

—Nada —reconoció Dan—. Seguí comportándome como siempre.

—¿O sea?

—Como un hermano mayor, supongo.

—¿Entonces no había atracción alguna entre los dos?

—Por mi parte no, desde luego —Dan negó con la cabeza—. La diferencia de edad es excesiva para tener algo en común.

—Trece años son bastantes, pero tampoco es una barrera infranqueable —comentó Megan, pensando en algunas de las estrellas de Hollywood.

—¡Piénsalo, Megan! —exclamó Dan, impaciente—. Cuando ella tenía cinco años yo ya estaba en la universidad. ¿Te parece un vínculo fuerte? ¿Qué te crees?, ¿que cada vez que iba a su casa nos sentábamos a discutir de nuestra chocolatina favorita?

Megan estuvo tentado de decirle que por qué la tomaba con la niña. Pero optó por callarse. Dan McKnight no solía hablar de su vida privada, de modo que si estaba compartiendo con ella ese tipo de información, debía sentirse halagada.

—No, no —dijo con calma.

—El caso es que cuando ella cumplió quince años yo tenía veintiocho…

—Y supongo que la diferencia de edad se notó menos a medida que los dos fuisteis creciendo —sugirió Megan.

—Eso es lo que Katrina pensó, desde luego.

—¿Y… decidió de pronto que estaba enamorada de ti?, ¿o pasó algo?

—¿Cómo qué?

—Pues…

—¿Crees que intenté seducirla?

—No, no, en absoluto —Megan trató de ser diplomática—. Adrede no, pero quizá…

—No —atajó él con firmeza—. Nunca hice nada que pudiera malinterpretarse.

—¿Recuerdas cuándo empezó a complicarse la cosa?

Trató de localizar el momento en que el enamoramiento inofensivo de una colegiala había empezado a escapársele de las manos:

—Le regalé un collar el día que cumplió dieciocho años —recordó Dan—. Empezó poco después.

Ó sea, que hacía casi dos años. Katrina era persistente. Dos años de amor no correspondido hablaba de una mujer luchadora…

—¿Qué clase de collar? —preguntó Megan.

—Uno de perlas de aljófar —respondió él—. Eran buenas perlas, la verdad.

—¡Pues ya está! —exclamó Megan—. Le transmitiste el mensaje equivocado.

—¿Cómo?

—Las mujeres miran las joyas de un modo diferente a los hombres —explicó ella—. Supongo que para ti sería un detalle bonito para conmemorar un cumpleaños importante…

—¡Exacto!

—Pero las mujeres creen que algunas joyas significan algo mas —prosiguió Megan—. ¿Por qué se las compraste?

Dan se movió en el asiento. Empezó a tener la sensación de que había contribuido a aquella locura sin ser consciente de ello. De un modo muy discreto, lo habían manipulado.

—Me lo sugirió mi madre.

—Entiendo —Megan le lanzó una mirada interrogadora—. Está claro que a tu madre le gusta.

—Katrina goza de su aprobación, sí —contestó Dan tras considerar las palabras de Megan—. O sea, ¿que está enamorada de mí porque le compré un collar para su cumpleaños?

—Eso solo lo puedes responder tú.

—¿Y qué hago ahora?

—Haz que deje de quererte.

—¿Cómo?

—¿Qué has hecho hasta ahora para alejarla? —le preguntó Megan.

—La última vez que la vi le expliqué que la diferencia de edad entre nosotros era demasiado grande.

—¡Error!

—¿Sí?

—Eso suena a que la única barrera son los convencionalismos. ¡Amor verdadero reprimido por un mundo inflexible! El síndrome de Romeo y Julieta —explicó Megan—. ¿Qué más has hecho?

—Ya no contesto a sus llamadas… ni he respondido sus últimos mensajes electrónicos. No se me ocurre qué decir y sus cartas empiezan a ser más… gráficas —finalizó Dan.

—Así solo conseguirás que se desespere aún más —dijo ella—. No, esa no es la solución.

—Bueno, ¿pues qué sugieres tú? —le exigió él.

—Hay una forma de librarse de ella —contestó Megan al cabo de unos segundos—. Pero puede que te parezca un poco cruel.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Dan, receloso.

Megan sonrió. Era como sus hermanos, que no podían ver una solución sencilla aunque la tuvieran delante de los ojos.

—Convéncela de que estás enamorado de otra persona, simplemente.

—¿Ah, sí?, ¿y cómo propones que lo haga?

—Ella dijo que os veríais el fin de semana…

—No, tal como lo dices, parece que es una cita. Mi hermano se casa dentro de poco e irá con su prometida a visitar a mi madre este fin de semana. Yo tenía intención de ir también. Y Katrina no faltará.

—Pues eso, ve con otra mujer —insistió Megan—. Demuéstrale a Katrina que estás loco por otra. No hay mejor manera de darle a entender a una persona que no estás interesada en ella.

—Pero yo no estoy enamorado de nadie.

Megan suspiró. Los hombres podían ser desquiciantemente obtusos en ocasiones.

—No tienes que estarlo. Solo tienes que fingirlo. Encuentra a alguien que esté dispuesta a seguirte el juego.

—¿Cómo quién? —preguntó Dan.

—¡Yo qué sé! Estoy segura de que habrá cientos de mujeres a las que les encantaría hacerse pasar por la pareja de Dan McKnight durante un fin de semana.

—Ya, pero la mayoría intentaría preservar el puesto después. No puedo arriesgarme —rechazó él.

—¡Seguro que habrá una mujer en algún lugar del mundo capaz de resistir tu encanto durante dos días, Dan! —replicó Megan, asombrada por la arrogancia de su jefe.

Este recompensó aquella muestra de sarcasmo con una sonrisa y, de pronto, los ojos se le iluminaron.

—¿Qué tal tú? —le preguntó sin rodeos.

—¿Yo? —Megan lo miró, sorprendida—. ¿Por qué yo?

—Bueno, más que nada porque no me encuentras atractivo en absoluto —Dan la miró a los ojos—. ¿O me equivoco?

—No, no te equivocas —replicó Megan, sosteniéndole la mirada desafiantemente.

—Y, por suerte, la falta de atracción es mutua —afirmó él—. Probablemente eres la última mujer del mundo que elegiría para tener una relación.

—¡Muchas gracias! —espetó Megan. ¿Acaso no había formas más elegantes de expresar su desinterés?

—Bueno, ¿estás ocupada el fin de semana?

—No… no lo estoy.

—¿Y lo harías?

—¿Hacerme pasar por tu enamoradísima novia?

—Exacto.

Megan miró aquellos ojos grises, el pelo negro, un cuerpo extraordinariamente musculoso para un hombre que no tenía un trabajo físico.

—No —respondió con sequedad.

Los ojos de Dan se agrandaron. No estaba acostumbrado a tener que pedir favores a una mujer… ya se los ofrecían estas voluntariamente. Y tampoco estaba acostumbrado a que lo rechazaran con la firmeza con que Megan Phillips acababa de hacerlo… novedad que le resultó casi estimulante.

—¿Por qué no?

—Porque soy tu asistente personal. No puedo fingir que también soy tu amante.

—No espero que consumamos nuestra ficticia relación —Dan reprimió una sonrisa—. ¡Sería llevar la ficción demasiado lejos!

Si Megan no hubiera crecido en una granja y no estuviese tan familiarizada con la procreación, quizá se habría sentido violenta por aquel comentario. Pero, así las cosas, le devolvió una mirada burlona y contestó:

—Apenas sé nada de ti.

—Pregúntame lo que quieras —le propuso él con suavidad.

—¿Qué tendría que hacer?

—Muy poco. Compartir un par de comidas conmigo. Puede que jugar al tenis. Reír mis bromas. Soportar el escrutinio de mi madre. Mirarme a los ojos con adoración…

—Creo que esa parte no sería fácil —contestó Megan—. No soy tan buena actriz.

Dan sonrió, como si estuviera ante una fuente de entretenimiento inesperada.

—Bueno, si el placer de mi compañía no te resulta lo suficientemente tentador —hizo una pausa para reforzar el golpe de efecto—, ¿qué tal si te digo que irá también un actor muy famoso?

Aliviada porque no hubiera hecho algo tan vulgar como ofrecerle dinero, Megan se forzó a no mostrarse demasiado interesada.

—¿Sí?, ¿y quién es esa superestrella? —se burló ella.

—Jake Haddon.

—¿Jake Haddon? —repitió Megan, estupefacta, cuando recuperó el habla. Se sentía más confundida que excitada. Pues no solo había protagonizado la película más taquillera del año, sino que era un inglés muy elegante e irónico y había sido votado como el actor más sexy de la década—. ¿Jake Haddon va a ir a casa de tu madre? —añadió, aún incrédula.

—Eso he dicho.

Megan frunció el ceño. Era demasiado extraño.

—¿Es tu amigo? —preguntó con desconfianza.

—Sí, lo es. Fuimos al mismo colegio durante un tiempo —contestó Dan—. Luego se marchó. Pero siempre mantuvimos el contacto.

¿En qué mundo viviría Dan McKnight si se codeaba con gente de ese calibre y nunca decía nada al respecto? ¡Si Jack Haddon fuera amigo de ella, empapelaría las paredes del despacho con pósters suyos!

—Bueno, ¿has cambiado de opinión? —insistió Dan.

—¡Claro que sí!

—¡Caramba con el poder hipnótico de la fama! —murmuró Dan.

—Será algo que podré contarles a mis nietos —se defendió ella.

—Solo asegúrate de que no sean los nietos de Jake también —la advirtió. Dan notó la indignación de su ayudante—. Tiene cierta… reputación con las mujeres, como podrás imaginar —se apresuró a añadir.

No la sorprendía. Con aquel aspecto, era lógico que estuviera rodeado de mujeres. Aun así, no era probable que un actor de Hollywood fuera detrás de una mujer que había crecido en una humilde granja.

—Vaya, un actor arrebatador y un hombre acosado por una mujer a la que no quiere herir —Megan esbozó una amplia sonrisa—. ¡El fin de semana promete!

Capítulo 3

Megan sentía que la cabeza le flotaba mientras se ponía el casco de la moto tras la jornada laboral. El calor del verano caía pesadamente y había en el ambiente cierta sensación de irrealidad, como si no pudiera creerse que había aceptado salir con Dan McKnight y fingir ser su pareja.

Se montó sobre la moto que su padre y su hermano le habían comprado por su veintiún cumpleaños. Su velocidad punta no superaba la de algunos deportistas que hacían jogging; pero era un buen medio para regresar al hogar al final de un largo día.

El hogar era la mitad de una pequeña casa que compartía con otra chica, situada a poca distancia de Softshare y a media hora del centro de Londres.

Al salir de la casa de su padre, había pretendido vivir en la misma capital, pero el desorbitado precio de los alquileres y el frenético ritmo de vida la habían disuadido.

Había empezado a salir con David, pero este había acabado rompiendo y, entonces, Megan había decidido que no quería vivir sola y se había buscado una compañera de piso.

—¡Muy buenas! —saludó nada más entrar.

—¡Estoy aquí! —gritó una voz—. ¡En la cocina!

Estaba destartalada, pero al menos tenía unas puertas correderas que daban a un pequeño jardín, del que disfrutaban en verano. Helen estaba en la nevera, sirviéndose un plato de fresas. Era una chica guapa y exuberante. Trabajaba de azafata, de modo que a menudo hacía escala en ciudades tan maravillosas como París, Madrid o Roma.

—¿Qué pasa? —preguntó Helen al ver el rostro iluminado de Megan.

—Bueno… —remoloneó esta—. ¿Qué dirías si te dijera que voy a pasar el fin de semana en compañía de Jake Haddon?

Helen estuvo a punto de cortarse con el cuchillo de las fresas.

—Diría que te has dado un golpe en la cabeza o que has empezado a salir con un hombre que comparte el nombre del impresionante actor que todas conocemos y adoramos.

—Pues te equivocarías —Megan se metió una fresa en la boca—.

Porque Jake Haddon, el verdadero Jake Haddon, va a estar allí.

—¿Dónde? —preguntó Helen, confundida.

—Es una historia un poco extraña.

—¿No me digas? —Helen agarró la tetera—. Cuéntame mientras preparo un té.

Un cuarto de hora más tarde, la tetera aguardaba fría y olvidada mientras Helen miraba a su amiga con los ojos como platos.

—¿Estás segura de que no es una estrategia de tu jefe para liarse contigo?

—¿Cómo? —Megan estuvo a punto de atragantarse—. No, imposible… No me interesa y te aseguro que él no está interesado en mí. ¡Hasta me lo ha dicho!

—¿De verdad? Y por eso te pide que lo acompañes a su casa y finjas estar enamorada de él —dijo Helen con sarcasmo.

—No es lo que te piensas.

—Puede. Pero conozco a los hombres…

—¡Y yo! —protestó Megan—. Te recuerdo que he crecido en una casa rodeada de ellos.

—Ya, pero eran tu padre y tus hermanos. No hombres a la espera de la menor oportunidad —Helen miró a su amiga—. ¿Qué te vas a poner?, ¿no le dará un infarto cuando te vea sin tus habituales pantalones?

—Es posible… ¡sobre todo cuando vea mis escuálidas rodillas!

—¿Cuántas veces tengo que decirte que tener unas rodillas finas no tiene nada de malo? ¡Al contrario!, ¡son las rodillas de una modelo! Y todavía no has contestado a mi pregunta. Reconócelo, Megan, tu armario no tiene ropa adecuada para un fin de semana tan distinguido.

—Lo sé —Megan esbozó una sonrisa tímida—. ¿Caliento el té?

Helen soltó una risotada.

—¿Quieres decir que si te presto algo de ropa?

—Bueno, tenemos una talla parecida. ¿Te importaría?

—¿Importarme? Me muero de ganas por verte con algo llamativo. Vamos, ¿a qué esperas?

Minutos después, Megan estaba frente a un espejo de cuerpo entero, mirándose un trasero que no parecía en absoluto perfecto, cubierto con unos pantalones amarillos.

—No puedo ponérmelos.

—¡Claro que puedes! —aseguró Helen—. Te quedan que es una locura —añadió, mirándola con admiración.

—Una locura —susurró Megan—. No estoy segura de que vaya a ser esa clase de fin de semana.

—¿No se lo has preguntado?

—¡Por supuesto que se lo he preguntado!

—¿Y?

—Solo sé que estará su madre.

—¿Su madre?

—Exacto. Y su hermano…

—¡Guau! Suena divertidísimo —comentó Helen con ironía.

—Dijo que llegaríamos el viernes para la cena y que volveríamos el domingo después de comer. Que las cenas solían ser bastante elegantes, pero que el resto sería muy relajado.

—¿Nada más?

—La verdad es que no. Solo lo de la chica que cree estar enamorada de él. Y que Jake Haddon estará allí.

—Bueno, ¡pero vas a estar con un actor! No puedes ir con esos pantalones viejos que sueles usar. Querrá que estés radiante, llamativa, distinta.

—¿Estás segura?

—Segurísima —Helen sonrió—. Y ahora pruébate esta blusa y estos pantalones.

—Mira, puede que no sea la reina de la moda de alta costura —se resistió Megan—. Pero hasta yo sé que el rosa no va con el verde.

—¿Que no va? Cariño, ¡están hechos el uno para el otro! Los contrastes están de moda esta temporada.

—¿De verdad?

—Confía en mí por una vez, Megan —le pidió Helen, la cual pasó a preparar una mascarilla facial para su compañera de piso.

—¿Qué haces? —preguntó Megan, alarmada.

—Asegurarme de que Jake Haddon se fije en ti.

Poco después, la cama de Megan estaba cubierta de ropa colorida y el reflejo de su cara en el espejo resultaba irreconocible.

Sus ojos verdes parecían tres veces más grandes y su piel brillaba como si acabase de regresar de un crucero por el Caribe. Los labios, pintados de rosa, habían adquirido volumen. Y hasta su pelo parecía otro después de que Helen lo hubiese atacado con el secador.

Pero Megan no estaba convencida de que le gustase aquella desconocida que la miraba desde el espejo. ¿Y si lo interpretaban mal? ¿No debía elegir su vestido negro, tan sencillo y elegante al mismo tiempo?

Así, con cierta sensación de clandestinidad, lo metió en el fondo de la maleta… donde Helen no podía verlo.

De nuevo en el despacho, Megan se encontró mirando a Dan de un modo totalmente distinto. Era difícil no hacerlo. Estaba frente a un hombre capaz de inspirar una devoción obsesiva a una joven mujer y que se mezclaba con actores nominados a Oscars. Trató de ser objetiva: ¿era guapo o no?

Supuso que, en realidad, sí que tenía un cuerpo sorprendente. Y unos ojos increíbles. Pero no tardó en obligarse a dejar de mirarlo y de analizar su atractivo. ¿Y si Dan se daba cuenta y sospechaba que estaba empezando a sentirse atraída por él? La había invitado precisamente porque era la clase de mujer de la que jamás se enamoraría en realidad, se recordó.

Esa semana tuvo que viajar a España y Holanda, de modo que regresó el jueves. Megan había pasado casi toda la mañana preparando una reunión y, al alzar los ojos, había advertido que Dan la miraba con una intensidad desconocida hasta entonces.

—¿Pasa algo? —le preguntó, incomodada.

—¿Por qué iba a pasar nada? —repuso él, sorprendido.

—Me estabas mirando.

—¿Sí?

—Sabes que lo estabas haciendo.

—Vale, ¿y qué? —concedió Dan con suavidad—. ¿Es que es pecado?

—Claro que no —respondió Megan, tratando de no prestar atención a los pantalones y la camiseta grises que llevaba—. Pero no me gusta que se fijen en mí cuando estoy trabajando.

—Ya, eso ya lo sé —Dan pensó que su ropa podía pertenecer al guardia de seguridad de algún ministerio aburrido—. Precisamente… es refrescante conocer a una mujer tan poco vanidosa —añadió, sonriente.

Megan frunció el ceño. Por alguna razón, no le gustaba cómo sonaba aquello.

—Bueno, ¿tienes ganas de que llegue el fin de semana? —le preguntó él.

—No estoy segura —reconoció Megan.

De hecho, se sentía asediada por un mar de dudas. Se había pasado la noche despierta, mirando al techo, imaginando qué demonios podría decirle a Jake Haddon. Lo que no la ponía tan nerviosa como la idea de hablar con la madre de Dan.

—Es que no me gusta inventarme historias e ir mintiendo a la gente, nada más —continuó Megan—. ¿Qué le has contado a tu familia?

—He hablado con mi hermano y le he dicho que iré con una chica.

—¿Eso es todo?

—Créeme, fue suficiente —Dan sonrió al recordar el silencio asombrado con que su hermano había recibido la noticia—. El mero hecho de que lleve a alguien a una fiesta familiar los convencerá de que la cosa es lo bastante seria como para asustarlos y que empiecen a pensar en campanas de boda.

—¿Es que no quieren que te cases? —preguntó ella, intrigada.

—No sé, nunca hemos hablado del matrimonio en casa —respondió Dan, tomando consciencia de que nunca había discutido nada con su familia—. Supongo que dan por sentado que la persona que elija…

—¿Sí? —lo apremió Megan.

—Pertenecerá a mi misma… condición.

No le apeteció preguntar a qué condición se refería, ¡pero se hacía una idea aproximada!

—¡Qué estirado!

—No tanto —Dan se encogió de hombros e hizo una bola con un trozo de papel—. Piénsalo: el matrimonio es una lotería. Si provienes al menos del mismo sitio y compartes intereses, hay más posibilidades de sobrevivir.

—¡Ni que fuera un viaje al Polo Norte! —protestó Megan—. ¡Se supone que hay que casarse por amor!

—No quisiera destruir esa visión tan idealista, Megan —Dan sonrió.

—¡Pues a mí me encantaría destruir tu escepticismo!

Dan rió y pensó que, quizá, el fin de semana no resultara tan aburrido como había supuesto. Luego, de pronto, se detuvo.

¡Aquello no sería una cita!, se recordó con severidad.

Megan contestó a una llamada y se la pasó a Dan. Cuando este terminó de hablar, ella reunió el valor para formularle la pregunta que la había privado del sueño la noche anterior:

—Dan… Es una cuestión un poco espinosa, pero…

—Te escucho.

—Supongo que es porque he crecido en una granja y no me resulta embarazoso…

—Al grano, Megan, haz el favor —Dan suspiró.

—Es el tema del sexo —Megan lo miró desafiantemente.

Dan parpadeó asombrado y, mientras su ayudante le hablaba, ocurrió algo extraordinario: de pronto empezó a sentir que se excitaba.

—¿A qué te refieres en concreto? —preguntó él tras tragar saliva.

—Pues… si se supone que estoy enamorada de ti…

—¿Sí?

—Y tú de mí… la gente esperará que…

—¿Que nos acostemos juntos? —finalizó Dan sin rodeos—. Seguro que sí, Megan. Pero eso no significa que esperen ser testigos. ¿O crees que van a estar espiándonos por la cerradura mientras nos movemos apasionadamente?

—¿Qué necesidad hay de ser tan… gráfico? —preguntó ella

mientras imaginaba la escena que su jefe había pintado con palabras.

—¡Has sido tú la que ha empezado! Eres tú la que ha crecido en una granja y no se siente violenta hablando de los actos de la naturaleza, ¿recuerdas? —Dan sonrió—. Deja de preocuparte, Megan. Lo más probable es que ni siquiera durmamos en la misma parte de la casa.

—¿Tan grande es?

—Mi madre es muy tradicional —explicó él, como si no la hubiera oído—. Y, para ella, una pareja no duerme junta si no está casada. Hasta mi hermano y su prometida tendrán habitaciones diferentes.

—¿Y a ti no te importa?

—¿Por qué iba a importarme? No la visito a menudo… y no estoy tan desesperado como para no poder prescindir de sexo una noche o dos.

Megan bajó la vista hasta el cuaderno que tenía sobre la mesa.

—Tranquila —prosiguió Dan—. Fingiremos que somos una de esas parejas frías que mantienen sus instintos bajo control. Nos lanzaremos alguna mirada furtiva en la mesa para crear tensión, pero nada más. ¿Crees que podrás soportarlo?

—Supongo.

—En cualquier caso, ¿no deberías haber establecido las condiciones antes de acceder a venir conmigo? —le reprochó Dan.

—Es posible —convino ella—. Así que quizá debamos aclarar un par de cosas ahora.

—Adelante.

—A mí me gusta hablar…

—Ya lo he notado.

—Mientras que tú sueles tener ciertos problemas con la comunicación —prosiguió Megan—. También eres mi jefe.

—¿Y?

—Pues que, durante este fin de semana, tendremos que suspender las reglas por las que se rige nuestra relación normal.

—Lo dices como si estuviéramos peleándonos todo el día.

—Si te hago una pregunta —continuó ella—, preferiría que me respondieras amistosamente, en vez de con una mirada hostil. ¿Crees que lo conseguirás, Dan?

—No será tan difícil.

—Y no debes marcar distancias conmigo, este fin de semana no eres mi jefe. Podemos decirnos lo que nos apetezca. Y el lunes olvidaremos todo lo que pase el fin de semana, cuando volvamos a la normalidad. ¿Qué te parece?

—Bien —aceptó Dan—. Por cierto, ¿nunca te maquillas? —

añadió de pronto, aprovechando que estaban siendo tan sinceros.

—A veces —Megan bajó la barbilla, en un gesto defensivo—. Casi nunca.

—Es raro —comentó Dan, fijándose en que tenía unos ojos verdes preciosos.

—No en el sitio de donde vengo. En la granja no parece lo más indicado —contestó Megan—. Y estuve tanto tiempo sin maquillaje que me acostumbré a no usarlo. No pierdo ni un segundo en eso… y menos para el trabajo… ¿Por qué?, ¿crees que debería? —añadió, dubitativa.

—Creo que sería interesante verte más… acicalada.

Lo que terminó de decidir a Megan. Había estado a punto de desoír el consejo de su compañera de piso; pero era evidente que Helen tenía razón.

Dan también pensaba que debía mejorar su aspecto con vistas al fin de semana. Bueno, tal vez podría desinhibirse un poco y permitirse llevar algunas de las extravagantes prendas que estaban a su disposición…

Quedaron en salir nada más terminar de trabajar, de modo que Megan tuvo que cambiarse rápidamente en el aseo de señoras. Se embutió en los pantalones amarillos y se puso un top negro de seda, con un escote pronunciado y mangas de tres cuartos, que la favorecía mucho.

Se atusó el pelo y se lo recogió en una coleta. Luego se miró al espejo: sin duda, estaba diferente.

Salió del servicio y se preguntó la conclusión a la que habría llegado la recepcionista; sobre todo, porque Dan la estaba esperando afuera en el coche.

—Dan —le preguntó Megan tras haber tomado asiento.

—¿Qué? —Dan tragó saliva al ver la asombrosa transformación de su secretaria.

—¿No te preocupa lo que la gente pueda pensar?

—¿Sobre qué? —preguntó él con voz rugosa.

—Sobre que desaparezcamos juntos así —repuso ella, apartando las piernas lo máximo posible de Dan.

—Las ayudantes acompañan a sus jefes en sus viajes a menudo —contestó él.

—Ya, pero esto es un poco distinto, ¿no?

—Bueno, no tiene nada que ver con el trabajo —Dan ajustó el retrovisor—. Pero supongo que no irás cotilleando por ahí, rompiendo la confidencialidad de nuestra relación, ¿verdad?

—Se lo he contado a mi compañera de piso, nada más. No habré infringido alguna ley, ¿no?

—A veces eres muy sarcástica —Dan sonrió y pensó que hasta

estaba guapa cuando se enfadaba.

—Eso es lo que siempre me dice uno de mis hermanos.

—¿Cuántos hermanos tienes? —preguntó él. Al fin y al cabo, de algo tendrían que hablar durante el viaje, ¿no?

—Cuatro, soy la mayor.

—Estoy seguro de que le quitaste trabajo a tu madre —Dan sonrió.

—Mira, sé que es difícil y no quiero que empieces a decir lo mucho que lo sientes. Pasó hace bastante tiempo… —Megan se aclaró la garganta—. Pero mi madre murió mientras daba a luz cuando yo tenía nueve años…

—¡Dios! —el corazón se le paralizó un segundo—. Megan…

—Lo que no soporto —continuó ella con fiereza— es que la gente me empiece a tratar de otro modo por eso. Así que no tienes por qué ser agradable conmigo de repente, ¿vale?

—¿Tan mal te trato normalmente? —Dan rió.

—Sin comentarios —repuso Megan, sonriente.

—¿Qué le pasó al bebé? —preguntó él, de pronto.

—Ahora tiene dieciséis años, y quiere ser ingeniero —contestó Megan.

—¿Cuidaste de él tú sola?

—Prácticamente. Mi padre siempre estaba ocupado en la granja y los otros chicos no estaban muy interesados. Pero me encantó.

Dan pensó en lo afortunados que eran los hermanos de Megan por tener a una hermana tan generosa.

—A título informativo, me hago una idea de qué se siente, Megan. Mi padre también murió cuando yo era pequeño.

—Lo siento… —contestó ella. No sabía por qué, pero, por alguna razón, sus palabras la hicieron sentirse mejor. O quizá sí lo sabía: por una vez, era agradable no sentirse sola.

—Y ahora, dime, ¿qué música ponemos? —preguntó Dan, cambiando de raíz el rumbo de la conversación—. ¿O prefieres oír las noticias?

—Música —se apresuró a responder Megan—. Las noticias son siempre deprimentes.

Dan soltó una suave risilla mientras sintonizaba una emisora de música clásica, que la hizo dirigir los pensamientos hacia algún lugar perdido…

Era un trayecto largo, pero se quedó buena parte de él dormida, y cuando abrió los ojos, el sol casi se había puesto.

—Por fin te despiertas —comentó Dan con suavidad.

Megan giró la cabeza, aún adormilada, y se sorprendió al verlo a su lado, hasta que recordó dónde estaba.

—¿Qué hora es? —preguntó Megan después de bostezar.

—Cerca de las diez, llegamos tarde. Hemos estado parados un montón de tiempo por culpa de unas obras. Llamé a mi hermano por el teléfono del coche; pero ni aun así te has despertado —Dan había medio deseado que lo hubiera hecho. Megan debía de haber tenido un sueño muy particular, pues había emitido algún gemido y había movido el cuerpo sobre el asiento de un modo que le había dificultado concentrarse en la carretera.

—¿Estaba enfadado?

—¡En absoluto! Pero dijo que quizá empezaban a cenar sin nosotros —Dan notó cierto desencanto en la expresión de Megan—. Lo siento.

—No es culpa tuya. ¿Crees que tendré tiempo para darme un baño?

—No es probable —contestó él—. Pero no te preocupes, estás… muy bien como estás —añadió tras echar un vistazo a los esbeltos muslos amarillos de su acompañante.

Luego se desvió por una carretera secundaria larguísima. Y solo cuando Megan vio un edificio resplandeciente en el horizonte, comprendió que habían llegado.

Capítulo 4

Megan miró maravillada la majestuosa casa. Jamás había visto algo así. No podía ni imaginarse lo que sería crecer en un sitio como aquel. ¿Por qué no la había avisado?

Edgewood House era una bonita y antigua construcción de ladrillo. Los últimos rayos del sol ribeteaban el foso que la rodeaba.

—¡Dios!, ¡es increíble! —exclamó Megan, incorporándose en el asiento para ver mejor—. ¿De verdad vives aquí?

—Vivía —matizó él.

—Es preciosa.

Dan observó con satisfacción la admiración de Megan, la cual la había llevado a erguir el cuerpo sin inhibición alguna. Una falta de inhibición realzada por aquellas prendas exóticas que nunca le había visto. Y, por alguna razón extraordinaria, se le secó la garganta.

—¿De verdad te gusta? —acertó a preguntar.

—¿Gustarme? ¡Me encanta! —aseguró Megan—. ¿Cómo puede tener un brillo asi un edificio tan antiguo?

—Tendrás que hablar de eso con mi hermano. Él dice que tiene que ver con los ladrillos. Adam te lo explicará exactamente.

—¿Es mayor o menor que tú?

—Mayor —Dan hizo una pausa—. Y, por tradición, quien heredará la casa.

—Un hombre afortunado —dijo ella.

—Sí, ¿verdad? Y a punto de casarse —recordó Dan.

—¿Es que no puedo hacer un comentario inocente sin que lo malinterpretes? —replicó Megan, ofendida—. ¿Crees que me voy a lanzar a por tu hermano solo porque me gusta la casa?

—Ya que preguntas, algunas mujeres sí que lo harían —contestó Dan—. Pero tienes razón, no tenía derecho a dar por sentado que tú fueras a pensar algo así… Cuando creces en un sitio tan bonito como este, aprendes a desconfiar de las motivaciones de las personas.

—¡Pobre niño rico! —se burló Megan—. ¿Por eso no te has casado?, ¿por qué no has encontrado a una mujer de la que no desconfíes?

La pregunta lo pilló desprevenido. La gente no solía preguntarle con tanta franqueza ese tipo de cosas.

—Eres una mujer muy atrevida, Megan Phillips.

—Eh… siempre me dicen que soy bastante directa, lo siento —Megan sonrió—. Pero no te preocupes, no estás bajo juramento. Puedes negarte a contestar.

—Pero me dijiste que tenía que responder a todas tus preguntas este fin de semana —replicó Dan con desenfado—. No me he casado porque nunca he encontrado a nadie con quien haya querido hacerlo. Tan sencillo como eso.

—Pero algún día querrás formar una familia, ¿no? —insistió Megan—. Tener un niño que se parezca a ti, antes de que seas demasiado mayor para jugar al fútbol con él.

—Todavía estoy en condiciones de dar una patada a un balón —comentó Dan con acritud—. Y espero seguir en forma bastante tiempo… Mira, aquí está mi hermano —añadió, aliviado al ver que Adam se acercaba.

Aunque mayor que Dan, era más bajo y tenía una constitución menos fuerte. Lo que no significaba que no fuese un hombre atractivo. Porque lo era. Y mucho, pensó Megan mientras salía del coche para saludarlo.

Pero, simplemente, estaba descubriendo que Dan era diferente. Lo estaba viendo desde otra perspectiva…

—Ésta es Megan —la presentó Dan—, Megan Phillips… Recuerdas que te dije que traería a alguien, ¿verdad?

—Sí —Adam la miró con curiosidad—. Pero no podía creérmelo hasta verlo con mis propios ojos. Encantado de conocerte. Dan se lo tenía muy callado —añadió, al tiempo que le estrechaba la mano.

—Ahora entiendes por qué, ¿verdad? —preguntó Dan en tono afectuoso, al tiempo que rodeaba a Megan por los hombros—. ¿A qué es fantástica?

Megan alzó la cara y deseó que Dan percibiera el mensaje secreto de su mirada: ojalá no se excediese en la parte sentimental.

—¡Fantástica! —convino Adam cortésmente.

—Un placer —Megan sonrió y, viendo que Dan no retiraba el brazo, se lo quitó sacudiendo un hombro—. Ahora no, cariño —añadió con firmeza.

—¡Vaya! —los ojos de Adam brillaron—. ¡Eso lo explica todo!

—¿Qué es lo que explica? —preguntó Dan.

—Lo que tiene esta mujer para que te atraiga —Adam le guiñó un ojo a Megan—. He salido con él muchas veces y normalmente tiene que quitárselas de encima… Está claro que Dan necesita una mujer que lo rechace. Venga, Megan, bienvenida.

Lo siguieron dentro y Megan se quedó cautivada por la belleza y

las dimensiones del recibidor, del cual nacía una escalera de caracol imponente que conducía a la primera planta antes de dividirse en dos.

—Y ahora —dijo Adam—, ¿empiezo por las buenas noticias o por las malas?

—Adelante —lo instó Dan.

—Pues… esta semana mamá fue a visitar a una vieja amiga del colegio, que decía que estaba enferma. La hipocondríaca, ya sabes.

—Me pregunto por qué le tiene tanto cariño nuestra madre.

—¿Quién sabe? —Adam se encogió de hombros—. El caso es que se han cambiado los papeles, mamá se las arregló para romperse el tobillo y ahora es la amiga la que está cuidando de ella. El médico le ha dicho que se quede allí y guarde reposo durante una semana… así que os he puesto en la misma habitación —añadió, sonriente.

Megan se puso tensa, horrorizada:

—Eso es…

—Lo mejor que he oído en toda la semana, ¿verdad que sí, cielo? —se adelantó Dan ronroneando. Luego la abrazó y empezó a besarla.

Megan había abierto la boca para protestar por el hecho de tener que compartir la habitación, y aquel beso era lo último que había esperado.

Dan se había aprovechado de su estupor: había fundido sus labios con los de ella y estaba introduciendo la lengua en su interior con una destreza y seguridad que la hacían sentirse débil y delicada.

Y Megan descubrió que, por alguna estúpida razón, lo encontraba irresistible; de modo que, en vez de apartarlo, alzó las manos hacia sus hombros y deseó acariciarle el cuello y apretar el cuerpo contra el de Dan…

Oyeron un carraspeo educado y Megan abrió los ojos de golpe, miró a Dan y se preguntó si este estaría tan asombrado, confundido y excitado como ella.

—Lamento interrumpir —Adam sonreía, mirando a su hermano atónito—. Claro que siempre puedo dejaros solos diez minutos si no podéis aguantar.

Megan se llevó las puntas de los dedos a la cara para refrescar sus ardientes mejillas y rezó porque Dan no dijese nada que empeorase las cosas aún más.

—Tranquilo, tenemos tiempo más que de sobra luego —murmuró él, disfrutando con la furiosa mirada que le lanzó ella—. Anda, cariño, ve al baño y échate un poco de agua en la cara. Está ahí. Te espero con Adam —añadió tras indicar la puerta del

servicio.

Megan se alejó echando humo, profiriendo en silencio todos los tacos que se sabía.

¿Por qué diablos la había besado Dan?

¿Y por qué había respondido ella con el entusiasmo de una mujer a la que besan por primera vez?

Se miró al espejo y vio que tenía los labios hinchados, las mejillas sofocadas y los ojos le brillaban como estrellas. Dan había logrado todo eso con un simple beso…

¡Y solo para hacerla callar!

Se lavó las manos y la cara y se soltó el pelo para que le ocultase lo máximo posible el rostro.

Luego respiró profundamente y regresó al recibidor, donde Dan la esperaba junto a su hermano. Replicó a la divertida mirada de Dan con otra amenazante.

—Debo decir que nunca había visto a mi hermano hacer un alarde de apasionamiento tan desinhibido —comentó Adam, sonriente—. ¿Qué le has hecho, Megan?

Esta pensó que si Adam supiese que era todo una farsa, se sentiría muy decepcionado.

El camino hasta el salón se le hizo eterno. De todos modos, Megan se recordó que estaba allí para hacerle un favor a Dan. Claro que, en cuanto tuviera la menor oportunidad, se encargaría de decirle que si volvía a comportarse de un modo tan escandaloso se marcharía de inmediato.

—Damas y caballeros —anunció Adam tras abrir unas puertas—, por fin, con un poco de retraso pero muy sinceramente bienvenidos, mi hermano Dan y… la señorita Megan Phillips.

Un mar de rostros curiosos se giraron hacia ella. Megan respiró hondo para serenarse mientras veía la fina porcelana de la vajilla, un candelabro que brillaba como la luna en el cielo de un desierto y cinco pares de ojos mirándola solo a ella.

Cómo no, las tres mujeres llevaban elegantes vestidos, mientras que ella parecía haberse escapado de un circo con sus pantalones amarillos.

—Vaya, vaya, vaya —los saludó un hombre sentado en un extremo de la enorme mesa—. El joven McKnight con una mujer del brazo. Está claro que para todo hay una primera vez… ¡debe de ser algo serio!

—Por favor, no diga eso, coronel —bromeó Dan—. O Megan saldrá corriendo.

Una vez que las miradas se habían centrado en Dan, Megan trató de discernir quién era quién.

Había una mujer regordeta de mediana edad que, posiblemente,

estaría casada con el coronel.

A un par de sitios había una mujer joven y delgada, con un vestido de seda rojo, de pelo corto y facciones elegantes. Por el zafiro de su dedo corazón, dedujo que se trataría de la prometida de Adam.

A su lado había un hombre joven, de veintitantos años, aunque parecía casi un colegial.

Y aquella debía de ser Katrina, pensó Megan mientras miraba a la chica que contemplaba a Dan con adoración. Tenía un rostro radiante y unos ojos luminosos. Era terriblemente joven.

Dan tocó el codo de Megan con la palma de la mano y esta se quedó sorprendida por el efecto tan electrizante de aquel suave roce. Y, sin embargo, al mismo tiempo, le resultó lo más natural del mundo que la rozara de ese modo.

—Permíteme que te presente —arrancó Dan con tono sereno—. La belleza del vestido rojo no tardará en convertirse en mi cuñada. Esta es Megan, Amanda.

—Cuando empecé a salir con Adam, no me di cuenta de que tenía un hermano con tanta labia —bromeó Amanda, guiñándole un ojo—. ¡Encantada de conocerte, Megan!

—Igualmente —Megan sonrió.

—El coronel Maddison… —prosiguió Dan.

—¡Charles! —lo interrumpió este—. Ya me he jubilado, Dan… y puedo prescindir de las jerarquías.

—Su esposa, Ruth —continuó Dan al tiempo que sonreía a la mujer de mediana edad.

—Hola —dijo Megan con educación.

—Y esta es la ahijada de mi madre: Katrina Hobkirk.

Era un modo muy desapegado de describir a alguien, pensó, Megan mientras veía el rostro dolorido de aquella chica tan hermosa.

—Hola, Dan —susurró Katrina.

—Hola, Katrina —correspondió él—. Saluda a Megan.

Sus ojos perdieron parte de su luminosidad. Miró a Dan como preguntándose qué tenía aquella desconocida de especial.

—Hola, Megan —le dijo con frialdad. Luego, saltándose el protocolo, siguió devorando a Dan con la mirada—. ¿Cómo estás? Hace siglos que no te veo y no has contestado a ninguna de mis cartas. ¡Ven, siéntate! Te he reservado un sitio a mi lado.

Megan vio que su jefe le lanzaba una mirada que parecía querer decir: «¿ves a lo que me refiero?»

Y sí, lo veía.

Cuando alguien sentía tanta adoración como Katrina por Dan, era muy complicado hacerla cambiar, pues solo veía lo que quería

ver. Y era obvio que Katrina confundía el afecto de Dan por amor.

Megan decidió romper su mutismo, tomó asiento y se giró hacia el jovencito olvidado.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó con suavidad.

—Neil Barón, otro amigo de la familia. Me invitaron en el último momento —dijo el joven, agradecido por la atención de Megan—. Encantado y… ¡felicidades!

—¿Por qué? —preguntó mientras Dan se sentaba entre ella y Katrina.

—Por conseguir cazar al último soltero que merece la pena, por supuesto.

—Tampoco te creas —dijo Megan mientras le llenaban la copa de vino—. No estamos prometidos ni nada de eso.

—No, no lo estamos, ¿verdad, cariño? —terció Dan, como dando a entender que no lo estaban todavía.

—Si Dan se comprometiera sin avisarnos, todos nos enfadaríamos mucho —intervino Katrina con una sonrisa forzada y mirada combativa—. Sobre todo, si fuera con alguien a quien no conocemos.

Todos rieron hasta que, de pronto, una mujer que debía de ser el ama de llaves apareció con dos platos extra de comida.

—¿Quieres más vino? —le ofreció Neil.

—Sí, por favor —Megan le acercó la copa—. Te aseguro que esta noche necesito beber algo fuerte.

—¿Tan terrible es la idea de conocer a la familia de Dan? —Neil sonrió.

—Impresiona bastante —convino Megan.

—No deja de mirarte cuando cree que no te das cuenta —le confesó Neil.

Era verdad. Megan lo había advertido… y tenía que comentárselo. Nunca lo había tomado por un hombre de los que se embelesaban y si sobreactuaba, corrían el riesgo de que los descubrieran.

Dan observó de reojo que Megan comía como si tuviese mucho apetito. Claro que quizá lo tuviera. Por su parte, él lo había perdido. Atendía a Katrina y trataba de parecer interesado en lo que esta le decía, pero sin mostrarse demasiado atento.

Suspiró. Era una situación bastante complicada. Y no daba la impresión de que Katrina se sintiera amenazada por Megan.

—¿Megan? —Dan le rozó el antebrazo con un dedo y vio que la carne se le ponía de gallina. ¿Por qué reaccionaba así? Se suponía que la había elegido porque no se sentía atraída hacia él, ¿no?

—¿Sí, Dan? —respondió ella, forzándose a mirarlo a los ojos.

Y algo ocurrió.

Algo tan nebuloso que Megan no logró concretarlo… hasta que se atrevió a ser sincera consigo misma.

¿Le había dicho que no lo encontraba atractivo? Pues, una de dos, o le había mentido o se había estado engañando.

Porque, en ese instante, le pareció el hombre más imponente que jamás había visto.

Dan notó que Megan entreabría la boca y se olvidó de lo que iba a decirle. De repente, se quedaron mirándose con algo parecido a la incredulidad.

—¿Te pasa algo? —dijo ella por fin.

—Te iba a hacer la misma pregunta —repuso Dan—. Pareces…

—¿Dan? —Katrina lo interrumpió, tirando de la manga de su chaqueta como una niña pequeña.

—¿Sí, Katrina? —Dan reprimió un suspiro y se giró hacia ella. Hacía casi un año que no la veía y, mientras tanto, se había convertido en una mujer muy bella… y de aspecto menos tímido que antes.

Lo que hacía más necesaria si cabía la farsa que había resuelto interpretar con Megan.

Pues cada vez era más evidente que si Katrina seguía con aquella fijación por él, se arriesgaba a acabar poniéndose en ridículo.

Y a su edad, el ego era muy delicado. Diez años después aceptaría que la rechazaran sin darle importancia, pero en esos momentos era muy vulnerable.

—¿Puedo tomar un poco de tu crema de chocolate? —le pidió Katrina, tratando de captar su atención.

—Sírvete —repuso Dan al tiempo que pensaba que lo más prudente sería acabar con aquella situación cuanto antes—. Nosotros nos vamos ya a la cama —añadió, mirando a Megan amorosamente.

—¡Vamos, Dan! ¿No puedes esperar al café? —preguntó Charles Maddison, sonriente.

Dan se levantó, colocó una mano en el cuello de Megan y notó la tensión de esta.

—No me apetece tomar café. Megan y yo llevamos trabajando desde muy temprano…

—¡Seguro! —bromeó Charles en tono envidioso, hasta que su esposa le dio un codazo en el costado.

—¿Te vas a la cama? —preguntó entonces Katrina, dolorida como si estuviesen azotándola.

—Sí, nos vamos. Os veremos mañana por la mañana —contestó Dan con firmeza, lamentando tener que hacerle daño—. Vamos, Megan —le ordenó con suavidad.

Esta dejó que le apartara la silla y se levantó. Luego, mientras

terminaban de despedirse, Dan colocó un brazo sobre sus hombros en un gesto posesivo, como si de veras fuera su pareja, y salieron juntos del salón.

Capítulo 5

Megan se obligó a morderse la lengua mientras seguía a Dan al pasillo. Quería decirle un par de cosas, pero no que los demás la oyeran.

¡Y no veía su equipaje por ningún lado!

—¿Dónde está mi maleta?

—Arriba, en tu habitación —contestó Dan.

—¡Ya! Dirás en «nuestra» habitación, ¿verdad? ¡No recuerdo que eso formara parte del trato!

—Vamos, Megan, sube al cuarto.

—No hasta que hayamos arreglado el tema de la habitación —se resistió ella.

—Entiendo tu preocupación, pero no quiero que esta conversación la oigan los invitados —Dan trató de mantener la serenidad—. Además, si estamos haciendo esto para simular que estamos enamorados, ¿no te parecería un poco extraño que nos sorprendieran discutiendo sobre dónde duerme cada uno?

—No necesariamente. Podría ser una de esas mujeres que protege su virtud con celo, ¿no?

—Podrías, pero haz el favor de no manifestar lo ultrajada que te sientes hasta que estemos arriba —le pidió Dan.

Megan accedió a regañadientes y empezó a subir las escaleras.

Era difícil no sentirse impresionada. Se imaginó a las muchas mujeres que habrían subido a aquellas habitaciones durante siglos, ataviadas con elegantes vestidos de seda y brocado… ¡y allí estaba ella con unos pantalones amarillos y unos zapatos con suelas de goma!

—¿Quién es? —preguntó Megan apuntando hacia un busto de bronce de un chico joven, situado sobre un plinto de mármol ya en la primera planta. Desde luego, tenía cierto aire familiar.

—Soy yo.

—Eso me parecía —respondió ella, sonriente, pensando lo pesado que habría sido para un chaval de esa edad permanecer un tiempo sin moverse para que le hiciera el busto—. ¡Eras un chico muy gracioso, Dan!

No habían jugado con él de ese modo desde hacía años. Al

menos, no de esa forma tan espontánea e inocente. Las mujeres siempre habían tratado de seducirlo y, a juzgar por cómo recorría Megan el dedo por la nariz de bronce del busto, como si estuviera quitando el polvo, era evidente que ella no estaba pensando en el sexo.

Quizá debiera sentirse insultado por aquella indiferencia, pero, muy al contrario, despertaba una emoción peligrosa en su interior.

—Por aquí —murmuró Dan, apuntando hacia el pasillo de la izquierda.

Megan miró con atención los distintos retratos familiares que fue encontrándose tras doblar la esquina de otro pasillo. ¡Aquel sitio era un laberinto! Cuando Dan se detuvo frente a una puerta, Megan comprendió que habían llegado.

Abrió la puerta. Dan notó que el pulso se le aceleraba, sintió una llamarada de deseo en el pecho. ¿Qué locura era aquella? Había invitado a Megan porque no la encontraba atractiva; ¿por qué, entonces, no había podido dejar de mirarla durante la cena?

—Nuestra habitación —anunció finalmente.

—Ya veo —dijo Megan, la cual se sentía como una novia virgen en la noche de bodas.

Pero sus nervios se apaciguaron al ver que la habitación, como el resto de la casa, no tenía nada que ver con todo aquello a cuanto estaba acostumbrada. Y, por un segundo, se olvidó de la noche que la esperaba, impactada por la belleza que había ante sí.

Una cama enorme, cubierta por un mosquitero de velos verdes, dominaba el dormitorio. Las paredes estaban decoradas con tapices de una mujer vestida con transparencias, tocando varios instrumentos o sujetando racimos de uvas.

—No es tu antigua habitación, ¿verdad? —preguntó Megan.

—¿Bromeas? —Dan cerró la puerta—. Los niños no podíamos acercarnos a esta zona. No, este es el Dormitorio Verde, nombrado así por los velos del mosquitero.

—Genial, una habitación bautizada de acuerdo con la cama. ¡Justo lo que necesitaba! —comentó ella, mirando hacia el colchón verde, que brillaba en el centro del dormitorio como una amenaza —. ¿Sabes? Las cosas no están saliendo como pensaba —añadió, mirándolo a la cara.

—Lo sé.

—¿Por qué no te opusiste a tu hermano cuando dijo que íbamos a compartir habitación?

—¿Diciendo qué? —se defendió Dan—. ¿Que no queríamos?, ¿que preferíamos esperar hasta estar casados?

—¿Por qué no? —lo desafió ella.

—Porque Adam no me habría creído.

—¿No? ¿Quieres decir que te acuestas con todas las mujeres con las que sales?

—No seas simple —replicó él—. Además, no salgo con tantas.

—¡Simple! —exclamó Megan, ofendida—. ¡A mí como si duermes con todas las mujeres del planeta!

—Lo que pasa es que Adam ha dado por supuesto que querríamos dormir juntos, nada más —prosiguió Dan—. Debería haberme consultado, pero supongo que estaba sorprendido… Nunca antes había traído a una mujer aquí —confesó finalmente.

—¿Nunca? —repitió Megan, boquiabierta—. ¿Por qué no?

—Porque es la casa de mi familia y si las trajera aquí, les daría la falsa impresión de que significan mucho para mí —explicó Dan —. Por eso precisamente, mi hermano ha dado por sentado que eres muy importante para mí. Si le dijera que solo… trabajas para mí y que nuestra supuesta relación es una farsa, se notaría en su actitud hacia ti. Adam no es el mejor actor del mundo.

—A diferencia de su hermano, ¿quieres decir?

—¿Por qué lo dices, Megan?

—¡Vamos, Dan!, ¡no te hagas el inocente! Sabes de sobra que me refiero al beso de antes.

—¿Qué ha tenido de malo?

—¡Nada! ¡Ese es el problema!

—¡Gracias! —Dan sonrió—. Por un segundo, pensé que estaba perdiendo facultades.

—¿Por qué has tenido que besarme así? —insistió ella, frustrada.

—Es evidente, estabas a punto de abrir la boca y demostrar lo horrible que te parecía la perspectiva de compartir habitación conmigo. Y eso habría acabado con el juego de inmediato.

—Puede —murmuró Megan.

—Pues eso. Nos hemos besado y hemos disfrutado —Dan la vio hacer ademán de protestar—. Sí, Megan, hemos disfrutado. Digamos que nos hemos sobrepasado en la interpretación y, ahora, olvidémonos del tema —añadió, aunque no pudo evitar que la voz le sonara rugosa.

Trató de convencerse de que había sido una mera cuestión de instinto. Y el hecho de que hubiera resultado un beso tan increíble se debía, probablemente, a que era inesperado y prohibido.

—En fin, tú te quedas con la cama —prosiguió Dan—. Yo dormiré junto a la ventana.

Megan vio que apuntaba hacia un sofá que, aunque bonito, no parecía nada cómodo para el metro noventa de Dan.

—No seas tonto. Puedes compartir la cama conmigo —le ofreció Megan. Los ojos de Dan se oscurecieron al tiempo que una fantasía tomaba cuerpo en su imaginación… y en su ingle. Megan advirtió

su excitación—. ¡Pero no te hagas ilusiones! —añadió, frunciendo el ceño.

—¿Y qué esperas después de hacerme una propuesta así?

—Cuando decía compartir la cama, me refería a repartirnos el espacio del colchón —replicó Megan—. Yo dormiré bajo las sábanas y tú encima.

—Totalmente vestido, claro —se burló él.

—Puedes ponerte un pijama si quieres —contestó ella con suavidad—. ¿Por qué me miras tan asombrado?

No estaba seguro. Desde luego, era una mujer impredecible.

—Pensaba que tratarías de alejarme totalmente de tu lado, nada más. Sobre todo, ¡con lo horrible que te ha parecido lo del beso!

—Ya, y quizá te estés preguntando cómo puedo confiar en mí estando tan cerca de un hombre como tú. Quizá no comprendas que pueda ser capaz de no saltar encima de ti por la noche.

—¡Megan!

—¿Es que nunca has ido a un festival de música y has compartido una tienda de campaña con una amiga? —le preguntó ella—. ¿Nunca has compartido un piso con alguien del sexo opuesto?, ¿no te has quedado dormido en una fiesta?

—La verdad es que no —Dan frunció el ceño—. Suelo irme a casa cuando estoy cansado.

—¡Ah! —Megan alzó las cejas y ocultó una sonrisa—. ¡Qué vida más aburrida debes de haber llevado, Dan McKnight!

—¿Aburrida? No lo creo —negó Dan con suavidad—. Pero nunca tan estimulante como en estos momentos.

De pronto, Megan perdió la valentía con que había estado afrontando aquella situación y necesitó cambiar de tema.

—Dan…

—¿Sí?

Había empezado a quitarse la chaqueta y Megan no sabía si pretendía desnudarse del todo delante de ella.

—Respecto a Katrina…

—Lo sé. ¿Ves lo que te decía? —Dan se aflojó la corbata—. Ojalá lo superara.

—Pero no tiene pinta de que lo esté haciendo.

—Lo cual justifica tu presencia aquí —dijo él, mirándola a los ojos.

De pronto, Megan sintió que el dormitorio se reducía. Muchísimo. Y todavía tenía que pasar toda la noche…

—¿Dónde está el baño? —susurró.

Tampoco Dan acertaba a pensar con normalidad, de manera que las palabras de Megan le sonaron incomprensibles.

—¿El baño? —repitió.

—Sí, el baño de la habitación —insistió ella.

Dan rió, eliminando así parte de la tensión que envolvía la atmósfera.

—Está claro que no sabes nada sobre el diseño de estas casas antiguas. Aquí no hay baños en las habitaciones… solo hay uno en el pasillo; gira a la derecha, la cuarta puerta de la izquierda. Y ten cuidado, no vaya a estar ocupado.

—Vale, hasta luego —Megan rebuscó en su maleta y sacó un par de prendas de noche—. Espero… que estés dormido cuando vuelva —añadió con voz trémula.

—Yo también —repuso Dan, el cual encontraba aquella mezcla de valentía y nerviosismo de lo más sugerente.

La vio salir del dormitorio con la cabeza bien alta y sonrió mientras se servía un vaso de agua de una jarra de cristal.

Megan no había visto nunca un baño igual. Tenía el tamaño del hangar de un aeropuerto, con una bañera inmensa, un lavabo en el que podían nadar varios patos y una cisterna que sonaba como las Cataratas del Niágara.

Llenó la bañera casi hasta el borde, se desnudó y se sumergió entre burbujas que olían a jazmín.

Se tumbó y se relajó en aquel agua caliente y aromática hasta que se liberó de toda la tensión acumulada. Luego se lavó la cabeza, se cepilló los dientes y se puso el pijama.

Volvió al dormitorio de puntillas, temerosa de encontrarse con alguien. Con Katrina, por ejemplo. Afortunadamente, en cambio, llegó al dormitorio sin tropezar con nadie.

Giró con sigilo el picaporte de la puerta, la empujó y el alma se le cayó a los pies al ver que las luces seguían encendidas y que Dan estaba terminando de colgar la ropa en uno de los armarios. Aquel acto tan simple e inofensivo de deshacer la maleta parecía muy íntimo… más incluso que el hecho de compartir la habitación.

Ella desharía la suya a la mañana siguiente.

—Sigues despierto —comentó Megan con frialdad mientras colocaba su neceser y su ropa en la silla más cercana.

—¡Dios! —exclamó Dan al girarse hacia ella, mirándola como si nunca hubiese visto a una mujer con pijama.

Megan se miró aturdida. Los pijamas blancos de algodón no solían inspirar reacciones tan acaloradas.

—¿Qué pasa? —preguntó por fin.

—Y ahora me dirás que todavía eres virgen —murmuró Dan, embelesado.

—¡Supongo que habrá alguna razón para que me hagas una pregunta tan descarada!

—El pijama blanco y la cara recién lavada —contestó él con

sequedad—. Bueno, ¿lo eres? Recuerda que hemos pactado ser sinceros durante este fin de semana.

La sorprendía que tuviera la audacia de preguntárselo de nuevo. Y, sin embargo, admiró la franqueza con que expresaba su curiosidad.

—¿Virgen? —preguntó Megan con frialdad—. ¡Tengo veinticinco años, por Dios! No, claro que no soy virgen. ¿Y tú?

—¿Pretendes insultarme? —Dan casi se echó a reír.

—No más que tú a mí —repuso Megan—. ¿No te parece extraño que te puedas sentir ofendido por una pregunta que me has hecho a mí alegremente? ¿Ese es tu sentido de la igualdad?

—Si lo que quieres es igualdad, quizá deberíamos haber echado a suertes quién iba primero al baño. O compartirlo incluso… —Dan esbozó una sonrisa mientras agarraba su neceser—. ¿No te parece?

Pero no se molestó en esperar una respuesta. Necesitaba salir de allí. Y rápido.

Se encerró en el baño y se preguntó enrabietado si Megan habría tenido muchos amantes. Luego se dijo que no era asunto suyo.

Por desgracia, su madre no había sucumbido aún a la tentación de instalar una ducha, así que, para no ponerse en evidencia más todavía, se dio el primer baño frío desde que salió del instituto.

Cuando regresó al dormitorio, Megan había apagado las luces. Cerró la puerta con suavidad y se quedó quieto hasta que los ojos se adaptaron a la oscuridad. Avanzó despacio hacia la cama, donde, a través de los velos del mosquitero, pudo distinguir a Megan.

Estaba bien cubierta por la colcha de seda y solo se le veía la nariz por encima de la sábana. Parecía tan dulce, limpia y vulnerable que Dan sintió un dolorcillo en el pecho mientras se tumbaba sobre la cama y se tapaba con una manta.

Megan notó que el colchón se hundía y trató de respirar normalmente. Se obligó a respirar profundamente por la nariz…

—Sé que no estás dormida —le dijo Dan desde la almohada de al lado. Pero ella prefirió permanecer callada—. ¿Megan?

—¿Qué pasa? —dijo finalmente al tiempo que se incorporaba y encendía la luz de la mesilla… para descubrir a Dan con el torso desnudo—. ¡Te dije que te pusieras algo! ¿Cómo te atreves a venir a la cama desnudo?

—¡Chiss! Despertarás a toda la casa —Dan levantó una parte de la manta y le mostró que no estaba desnudo del todo, pues llevaba puestos unos calzoncillos—. ¿Ves?

Megan cerró los ojos. Por desgracia, había visto más de lo que habría deseado. Puede que Dan estuviese parcialmente cubierto, pero no llevaba una indumentaria… decente, pues la seda no era el mejor material para camuflajes. Y aunque no era virgen, tampoco

tenía la experiencia suficiente para afrontar el hecho de que, por la razón que fuera, Dan estaba muy excitado.

Notó un roce suave como el viento. Megan se movió adormilada, se giró y acarició los dedos sobre el satén de la sábana. Luego posó la cabeza sobre algo cálido y palpitante.

Dan la miró, fascinado por la blancura de aquella mejilla contra el bronceado de su propio torso. Vio el brillo de sus labios mientras se abrían inconscientemente, invitándolo… y sintió un trallazo de deseo y culpabilidad.

Todo era culpa suya.

Al despertar, había descubierto que se había movido hacia ella durante la noche… y que sus dedos, de alguna manera, se habían enredado en su cálido cabello. Bajo las sábanas, Megan había empezado a acercarse a él. Y en vez de apartarse al otro lado del colchón, Dan la había dejado que se pegara cuanto quisiese.

Se había dicho que no tenía nada de malo; sobre todo, porque Megan estaba bajo la colcha. Era una mera respuesta animal: buscar contacto y calor en la oscura soledad de la noche.

Hasta se había convencido de que no había nada siniestro en el modo en que le estaba agarrando un hombro. Y, sin duda, no ocurría nada porque apoyara la cabeza sobre el pecho de él.

Apenas se había movido, salvo al notar una primera oleada de deseo. Entonces se había visto forzado a ir cambiando la posición del cuerpo centímetro a centímetro y a cubrirse su miembro más erógeno con una pierna.

Megan no se había despertado. Ni siquiera cuando el pulso de él se había disparado. Y seguía recostando la cabeza sobre el corazón de Dan. ¿Acaso no oía el estrépito de sus latidos?

Para distraerse, había querido apartarle un mechón de pelo que caía sobre los labios de Megan y no había podido dejar de acariciárselo.

Megan emitió un gemido sofocado y Dan miró el modo en que su cuerpo se acurrucaba bajo la colcha.

Sabía que debía apartarla. Despertarla al menos…

—¿Megan? —susurró Dan.

En medio del sueño más dulce que jamás había tenido, Megan oyó una voz suave y profunda que la derritió. Alzó los labios y frotó la mejilla sobre el pecho vellido de Dan.

Luego, confundida, abrió los ojos… pero él no pudo resistir más la tentación y bajó la cabeza para besarla.

Se despertó en el instante en que sus labios rozaron la boca de Megan, la cual recordó de inmediato dónde estaba y con quién.

A tiempo de detenerlo.

Pero la noche parecía haberle robado el juicio, pues no hizo el

menor intento de frenarlo. Al contrario, alzó los brazos para rodearle el cuello y apretarlo contra ella. Más y más.

Dan gimió mientras profundizaba el beso, sintiendo la forma de su cuerpo a través de la manta, la colcha y la sábana. Se moría por apartar toda aquella ropa de cama y cubrir a Megan con…

—¿Qué demonios estaba haciendo? —Dan se apartó y, con los ojos llenos de deseo todavía, dijo:

—Esto no funciona así.

—¿El qué? —murmuró Megan con voz soñadora.

—¡Compartir la cama! —ladró Dan, justo antes de salir de ella, como si se hubiera quemado—. Tengo que estar loco. No sé cómo he podido acceder a hacer esto.

Megan lo vio llevarse la manta hacia el sofá.

—Yo solo intentaba asegurarme de que durmieras bien. Al principio parecía lo más sensato.

—¿Sensato? —Dan se dejó caer sobre el sofá—. ¡Tiene tanto sentido como toda esta historia en general!

Luego refunfuñó, trató de encontrar una postura cómoda y cerró los ojos sin apenas esperanzas de lograr conciliar el sueño en lo que quedaba de noche.

Capítulo 6

Megan yació insomne durante horas. Intentó dormirse contando ovejas, luego contó hacia atrás a partir del número mil hasta que, hacia el doscientos cuarenta, logró sumirse en un sopor inquieto.

Al despertar, la habitación seguía a oscuras, pero quizá se debiera a que las cortinas impedían el paso de la luz del día. Cuando miró el reloj, descubrió asombrada que eran más de las diez.

Se frotó los ojos y salió de la cama con la vista clavada en Dan, que seguía inmóvil en el sofá, con la cabeza despeinada, apoyada sobre una mano.

Se acercó hasta él en silencio y le pareció que, relajado, su rostro parecía más joven. Y más suave. Más dulce, sexy…

La manta se le había caído hasta la cintura, dejando su torso completamente descubierto, y, por primera vez, Megan pudo ver el cuerpo tan magnífico que su jefe ocultaba tras los trajes que llevaba al despacho.

Tenía hombros anchos y un pecho suficientemente sólido como para querer reposar la cabeza encima. Se mordió el labio y recordó que, durante la noche, lo había hecho.

—¿Ya te has deleitado lo suficiente? —se burló Dan, abriendo los ojos de repente.

—¡No es justo! —protestó Megan—. ¡Creía que estabas dormido!

—Lo sé —Dan bostezó, pensó en darse la vuelta, pero luego se le ocurrió que quizá no fuera tan buena idea colocarse en una posición tan vulnerable—. Imaginaba que, después de lo que ha pasado durante la noche, mantendrías cierta distancia… ¿Qué hora es? —preguntó mientras se estiraba perezosamente.

—Tarde. Las diez pasadas. Se nos han pegado las sábanas.

—Sally nos pondrá un negativo —murmuró Dan.

—¿Quién es Sally?

—La cocinera… y ama de llaves. En realidad, casi es como una más de la familia. La mujer que te sirvió la cena anoche.

—¡No me la presentaste! —lo acusó Megan.

—No —Dan la miró a los ojos—. Estaba pensando en otras cosas.

Megan tragó saliva y deseó que no se comportara de esa forma. No era necesario que la mirara como si quisiera comérsela viva para llevar a cabo aquella farsa.

—¿Crees que deberíamos bajar por una taza de café, al menos?

—¡Hum! —murmuró Dan sin comprometerse. Lo cierto era que no le apetecía en absoluto. Lo que de veras deseaba era seguir con lo que se había obligado a interrumpir por la noche—. ¿Quieres arreglarte tú primero? —añadió finalmente.

—Sí, gracias —aceptó Megan, todavía perturbada por la intensidad con que la miraba Dan.

Luego corrió hacia el baño y, tras lavarse, hizo caso a Helen y se puso los pantalones de ciclista rosas y un top verde ajustado. Se miró el trasero en el espejo y se encogió de hombros. Tampoco estaba tan mal.

Cuando volvió al dormitorio, descubrió que estaba vacío y que Dan le había dejado una nota:

He salido a correr. No tardo, Dan.

¿Debía esperarlo o bajar ella sola? Daría más credibilidad a su romance si lo esperaba; pero, entonces, tendría que distraerse de alguna manera mientras Dan se vestía…

Así que, debajo de la nota, escribió que había ido por una taza de café.

Se dirigió al salón, pero lo encontró vacío y, al salir, se chocó con la mujer que había servido la cena la noche anterior.

—Buenos días, Sally —la saludó Megan—. Estaba… buscando el desayuno —añadió sonriente, incómoda bajo la penetrante mirada de la mujer.

—El desayuno se sirve siempre en la Sala Jardín —dijo Sally como si todo el mundo lo supiera—. Y a estas horas ya suelo estar retirando los platos.

¿Era una paranoia suya o había puesto Sally un gesto de desagrado al ver sus pantalones rosas?

—Sé que es tarde. Nosotros… me he dormido —se disculpó Megan—. ¿Puedo tomar un café mientras espero a que baje Dan?

—Si estás aquí como la pareja del señor Dan, debería esperar a desayunar con él —contestó Sally tras considerar su respuesta unos segundos—. Si su madre estuviera aquí, le aseguro que no compartiría dormitorio sin estar casada con…

—Entonces debemos dar gracias al destino por haber alejado a mi madre este fin de semana, ¿verdad, cariño?

Megan sintió un inmenso alivio al oír la voz de Dan acudiendo a su rescate. Se giró y esbozó una amplia y sincera sonrisa.

—¡Dan, ya estás aquí!

Este oyó cierta ansiedad en el tono de Megan y sintió un instinto protector hacia ella. Lanzó a Sally una mirada de reproche.

—Espero que Sally haya sido atenta contigo, cariño.

—Sí, sí —se apresuró a afirmar Megan.

Sally la miré a los ojos y, por un segundo, le pareció ver que le había dado las gracias por encubrirla.

—Voy a preparar café para los dos —gruñó el ama de llaves—. Veré si puedo encontrar algunas pastas.

—¿Se ha portado Sally bien contigo? —le preguntó Dan cuando esta se hubo marchado.

Megan sonrió mientras avanzaban por el salón hacia la terraza.

—Sí, aunque sabe que soy novata con estas cosas. Supongo que no puedo culparla por no contar con su aprobación.

—No creo que seas tú a quien desapruebe, sino a mí por traer a una mujer aquí —comentó Dan mientras los dos tomaban asiento—. Lo más probable es que se sienta un poco celosa.

—¿Celosa? —preguntó ella, estupefacta.

—No, no en ese sentido. Te aseguro que no he tenido ninguna aventura con Sally, si es lo que estás pensando. Tiene bastantes más años que yo y está casada con el jardinero —respondió Dan—. Lo que pasa es que Sally me conoce desde que era un niño… y es más protectora que un ama de llaves normal. De pequeños, siempre nos esperaba a que volviéramos del colegio…

—¿Dónde estaba vuestra madre?

—Estaba demasiado ocupada con sus actividades de beneficencia para ocuparse de sus hijos. Nos quedamos bastante solos tras la muerte de mi padre —Dan sonrió al ver la sombría expresión de Megan—. Tampoco fue tan horrible. Y los niños se acostumbran a todo… Como tú a la infancia que te tocó. La muerte de tu madre debió de ser muy dura para ti. Sobre todo, si tuviste que reemplazarla para cuidar de tus hermanos.

Megan cruzó las piernas y, en el movimiento, advirtió que los pantalones le estaban al menos media talla pequeños y que, si no las descruzaba, los acabaría reventando.

—La gente solía decir lo maravillosa que era por hacerme cargo, pero era más una cuestión de que «tenía» que hacerlo. Si no, me habría hundido. Mi padre siempre estaba ocupado en la granja y yo no quería que la familia se separara —Megan se encogió de hombros—. En el fondo, fue un acto egoísta.

Distraído por el movimiento de sus senos, Dan tardó un segundo en ver que Sally llegaba con el café. ¡Dios!, ¡nunca se había fijado en los pechos de Megan! Solía ocultarlos bajo las amplias camisetas grises que llevaba al despacho. Y, de pronto, le costaba apartar la vista de ellos.

—Gracias —le dijo a Sally cuando esta puso la bandeja con las tazas en la mesa. Luego le lanzó una sonrisa que le había funcionado desde que era pequeño y logró que ella sonriera a Megan.

—Puede que no me odie del todo —comentó Sally mientras se alejaba.

—¡Pues claro que no te odia! —murmuró Dan—. Solo está preocupada por mí. Teme que puedas romperme el corazón.

—¡Sí, claro! ¡Es tan probable! —Megan sintió unas ganas terribles de echarse a reír—. Claro que si estás dispuesto a correr el riesgo… —lo retó en broma.

—Creo que sí —Dan le sostuvo la mirada.

Solo le estaba siguiendo el juego, se dijo Megan. Mejor no darle importancia.

—¿A qué hora esperáis que llegue Jake? —preguntó, cambiando de tema.

—Cuando le venga en gana. Depende del vuelo que tome o de lo que se le encapriche. Es un hombre impredecible.

—¿Y qué más es?

—Muy divertido, y tiene talento. Es algo excéntrico. Pensó en hacer carrera como arqueólogo hasta que «lo descubrieron», cuando estaba aún en la universidad. Creo que de haber sabido entonces lo que lo esperaba, se habría ceñido a sus planes iniciales. Lo digo por el tema de la fama. Hay gente a la que le encanta. Pero a Jake no le gusta que invadan su intimidad y que la gente se acerque a él en cualquier momento.

—Deber de ser horrible —convino Megan.

—Bueno… se me ocurren trabajos más horribles —comentó Dan.

—¡El mío!

—Muy aguda —Dan dio un sorbo al café y siguió mirándola a los ojos.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer hoy?

—Lo que tú quieras. Tenis, nadar, croquet…

—Nunca he jugado.

—¿No? —Dan sonrió mientras alzaba la cafetera para llenarse la taza de nuevo—. Podría enseñarte, si quieres.

La expresión de su rostro le aceleró el corazón, pero no respondió. Se frotó con disimulo las palmas de las manos sobre los muslos y miró el esmero con que estaba segado el césped del jardín.

Dan la miró mientras ella cerraba los ojos, dirigiendo la cara hacia el sol, como si fuera una flor. El pelo le relucía. Dan se dio cuenta de que no era castaño oscuro, sino, más bien, del color del bronce. Se recostó en la silla y disfrutó de aquel momento de paz.

—¡Hola, Dan!

Megan abrió los ojos y vio a Katrina con un hermoso vestido.

—Katrina —Dan se levantó y le ofreció su asiento con educación —. ¿Te unes a nosotros?

—Gracias —dijo ella con una sonrisa radiante, al tiempo que se sentaba en la silla de Dan.

—Voy por otra taza —se ofreció este.

Ambas mujeres se miraron en silencio y Megan se preguntó si Dan las habría dejado a solas adrede, consciente de que aquella

podía ser la prueba definitiva.

¿Sería capaz de convencer a Katrina de que estaba enamorada de Dan?

¿Cómo? No quería mentir ni restregárselo por la nariz. Y tampoco quería ser desagradable ni herir a aquella joven más de lo necesario.

Katrina la miraba fijamente, analizando los pantalones de ciclista rosas.

—Anoche apenas tuve ocasión de hablar contigo —comentó la joven, esbozando una sonrisa fugaz—. ¿Hace mucho que conoces a Dan?

—No, no mucho. Solo unos meses, en realidad.

—Unos meses —repitió Katrina—. ¿Y es verdad que trabajáis juntos?

—Sí. Hablé contigo por teléfono una vez, ¿recuerdas?

—Vagamente… ¿No te resulta complicado?

—¿El qué?

—¡Vuestra relación! ¿No es difícil separar el trabajo del ocio?

—Por sorprendente que parezca, no —respondió Megan con sinceridad, tras pensar en lo que le quedaba de fin de semana.

—¡Qué suerte! —Katrina volvió a mirar las piernas de Megan—. ¿A Dan le gusta tu forma de vestir? —añadió de repente.

—¡Le encanta!

—Ah… —Katrina jugó con las perlas que adornaban su cuello y Megan se dio cuenta de que debía de tratarse del collar que Dan le había regalado—. Es que, por lo general, le gustan que sus mujeres sean más… conservadoras, supongo.

—¿Y cuántas de esas mujeres has conocido? —preguntó Megan, intrigada.

—¡A mí me las oculta! Nunca las trae aquí —Katrina sonrió—. Sé cómo son los hombres…

—¿Sí? —murmuró Megan.

—¡Por supuesto! Sé que tienen ciertos «apetitos» —Katrina se encogió de hombros—. Apetitos que necesitan satisfacer antes de sentar la cabeza.

Una forma muy inteligente de sugerir que Dan solo la usaba para satisfacer sus necesidades sexuales y que ya sabía con quién sentaría la cabeza.

—¿Te gusta el collar? —le preguntó entonces Katrina.

—Es muy bonito.

—Me lo compró Dan.

—Sí, ya me lo ha dicho.

—¿De veras?

—Claro —dijo Megan con delicadeza—. Sé que te tiene mucho

afecto. Para él eres casi como una hermana.

Katrina se sumió en un silencio doloroso y, por un momento, pareció que iba a romper a llorar.

—¿Sabes que hoy viene Jake Haddon? —le preguntó, sin embargo.

—¡Seguro!

—No sé si Dan te lo ha comentado, pero lo último que quiere es que se arme revuelo —dijo Katrina—. No lo agobiarás pidiéndole autógrafos ni nada por el estilo, ¿verdad, Megan?

—Creo que seré capaz de no comportarme como una admiradora histérica —repuso esta con ironía.

—Yo lo conozco desde que era pequeña. Su madre era muy buena amiga de la madre de Dan, que es mi madrina —la joven hizo una pausa—. Claro que tampoco la conoces a ella, ¿no?

—No. No he tenido la oportunidad —contestó Megan.

—Es toda una mujer —murmuró Katrina—. Bastante anticuada. Le gusta la tradición. Las reglas. De hecho, lady McKnight siempre dice que en una sociedad caótica como la de hoy, las reglas sirven para saber dónde está uno.

¿Lady McKnight? ¿Por qué no le había dicho Dan que su madre tenía un título?

—¿Alguna regla en concreto? —preguntó en tono desenfadado.

—Bueno, a ver si se me ocurre algo —Katrina frunció el ceño, pensativa—. Pongamos el matrimonio, por ejemplo. Hay muchos divorcios…

—Te escucho.

—Pues si estadísticamente la probabilidad de que un matrimonio fracase es mayor que la de matrimonios felices, habrá que reducir los riesgos.

—¿Y cómo se consigue eso?

—Muy fácil. Cuantas más cosas tenga en común una pareja desde el principio, más oportunidades tendrá de salir adelante. Y si los dos tienen orígenes similares, mayor probabilidad de que sus intereses coincidan.

—Parece que has pensado mucho al respecto —observó Megan, esbozando una ligera sonrisa.

—Sí… y creo que lady McKnight también —repuso Katrina en un íntimo susurro—. ¡Mira, ya vuelve Dan!

Se había tomado muchísimo tiempo para encontrar una taza de café, pensó Megan, inclinada a creer que su larga ausencia había sido deliberada,

También pensó que de haber ido en serio con Dan, Katrina la habría hecho dudar con los supuestos prejuicios de lady McKnight.

Dan se acercó y miró a Megan a los ojos, como preguntándole si

estaba bien. Luego le sirvió café a Katrina, tomó asiento y notó que los hombros de Megan estaban tensos.

Estiró un brazo para agarrarle la mano. Tenía los dedos fríos y los cubrió con los suyos para darles calor y seguridad.

Y Megan se dio cuenta de que aquel gesto protector le infundió seguridad. De hecho, se sintió tan a gusto que podía haberse pasado el resto de la mañana allí, haciendo manitas con Dan. Solo cuando este retiró la mano y Megan echó de menos el calor de su piel se dio cuenta de algo más.

Corría el peligro de enamorarse de Dan McKnight de verdad.

A no ser, por supuesto, que tuviera mucho cuidado.

Capítulo 7

Dan insistió en enseñarle a Megan los alrededores mientras Katrina se terminaba el café.

—¿No se molestará? —preguntó Megan mientras pasaban por un pequeño puente que cruzaba el foso.

—¿Qué más da?

—Cierto —dijo Megan, sabedora de que era inevitable herir a Katrina.

La finca de los McKnight era enorme. Llevaban una hora paseando en círculo por lo que parecía un pequeño país.

—¿Todo esto es tuyo? —preguntó Megan mientras caminaban junto a un río que bordeaba un pequeño bosque.

—Es propiedad de la familia… así que no, no es todo mío. Adam y yo custodiamos esta finca para las futuras generaciones. Todo se lo cederemos a nuestros hijos.

—Si es que llegas a tenerlos —apuntó ella.

—Es la segunda vez en veinticuatro horas que me avisas de un reloj biológico que no sabía que estaba corriendo. ¿No estarás proyectando en mí tu propio deseo maternal?

—Es posible —Megan sonrió.

Dan se quedó sorprendido por aquella respuesta. Había esperado que lo negase, como hacían siempre todas las mujeres. Cuando les hablabas de amor, matrimonio y niños solían mirarte falsamente ofendidas… como si jamás hubieran pensado en el proceso más natural del mundo. Suponía que era una estrategia, pero con él no había funcionado nunca.

Reparó en que Megan no se había retrasado ni un paso durante el largo paseo y miró a sus pies. Los zapatos, al menos, sí eran discretos. Lo que no comprendía era por qué había decidido combinarlos con aquellos pantalones tan llamativos.

—¿Te apetece que nos sentemos un rato? —le propuso.

—Sí, por favor —Megan se acomodó sobre el césped y miró alrededor—. ¿Cómo de grande es exactamente? ¡Me refiero a la finca! —añadió al ver la picara expresión de Dan.

—Supongo que, en total, unos veinte acres —respondió este, sentándose junto a ella—. Aunque tenemos arrendadas parte de las tierras.

—Y teniendo tanto dinero, ¿por qué te molestas siquiera en ir a trabajar?

—Porque si no, me moriría de aburrimiento —Dan se apoyó sobre los codos y miró hacia la bóveda azul del cielo—. De todos modos, la mayoría del dinero va a un fideicomiso. Y no recibiré nada hasta que me case.

—Debe de ser un gran incentivo —comentó Megan.

—Por raro que parezca, es justo al revés. Siempre me ha parecido como una soga pendiendo sobre mi cabeza.

—¿El matrimonio o el dinero?

—Las dos cosas, supongo. La riqueza conlleva responsabilidades. Y, por supuesto, con el matrimonio siempre cabe la duda de si el dinero es parte del atractivo o de verdad te quieren por cómo eres.

Megan miró las largas piernas de Dan, su camisa blanca, su pelo revuelto por el viento…

—¿Si te quieren por cómo eres? Vamos, Dan, ¿me estás pidiendo que te diga un piropo?

—¿Yo? —Dan esbozó una sonrisa perezosa mientras veía una nube cruzar el cielo—. ¿Por qué dices eso?

—Dudo mucho que el dinero sea el único atractivo que una mujer pueda ver en ti —comentó Megan—. Por cierto, podías haberme contado que tu madre era una lady —le reprochó mientras arrancaba una margarita.

—¿Por qué? —preguntó él con frialdad—. ¿Tiene importancia?

—Importa si se supone que tú y yo estamos enamorados —contestó Megan con una mirada aún más fría—. Lo normal es que algo así me lo hubieras comentado. He tenido que enterarme por Katrina.

—¿Se ha portado mal contigo?

—Ha sido condescendiente… Ha tratado de ponerme en mi lugar, lo que es comprensible, dadas las circunstancias.

—Eso es muy generoso por tu parte —dijo Dan de pronto.

—No te creas —Megan arrancó otra margarita—. Todavía es muy joven…

—Solo cinco o seis años más que tú —apuntó él.

—Ya, pero parece mucho más.

—Supongo que sí, aunque no es tan extraño. Ha tenido todo el dinero que ha querido desde que nació —Dan agarró una margarita y se la entregó a Megan—. Su vida ha sido muy distinta a la tuya.

—¿Dónde está su madre ahora?

—Tiene un piso en Londres. Katrina vive con ella. Pero su madre es tan alocada como una adolescente. Imagino que ese es parte del problema.

—Me dijo que no molestase a Jake Haddon. Creo que imaginó

que iría corriendo tras él a pedirle un autógrafo en cuanto llegara.

—No tenía derecho a decirte eso —gruñó Dan.

—Bueno, para ser justos, Katrina apenas me conoce. Podría haberme salvado de hacer el ridículo delante de todos, ¿no?

—¿Siempre adoptas el enfoque más positivo? —le preguntó Dan con seriedad—. ¿O solo intentas impresionarme? Porque, en tal caso, lo estás consiguiendo.

Megan rió. Dan le lanzó una mirada muy halagadora, pero ella no creyó merecérsela.

—No soy ninguna santa, Dan.

—No, ni espero que lo seas —dijo este. De pronto, un movimiento captó su atención—. No te muevas, viene alguien.

—¿Es Katrina?

—Creo… que sí —Dan se movió para pegarse más a Megan y empezó a susurrar—. ¿Cómo crees que nos va hasta ahora?, ¿somos convincentes como amantes?

—¿Cómo amantes o enamorados? —matizó Megan—. Son dos cosas muy distintas.

—Elige tú —murmuró Dan.

—¿Puede vernos?

—No estoy seguro… Pégate más a mí.

—¿Por qué?

—Tú hazlo. Ahora mismo, el lenguaje corporal nos está delatando, parecemos dos contrincantes, más que dos enamorados —Dan le acarició un hombro y notó un ligero temblor—. Pero quizá podamos convencerla —añadió justo antes de tumbarla sobre el césped y apartarle el cabello de la cara.

La miró largamente con un brillo en los ojos que Megan no sabía cómo interpretar. Pero, ¿qué más daban las interpretaciones si la estaba estrechando entre sus brazos y había empezado a besarla?

—Dan…

—Chiss.

Acalló sus palabras con un beso y ella se lo permitió… diciéndose que era parte de la farsa y que no le quedaba más remedio que soportarlo.

Aunque estaba mintiendo, por supuesto. Pues aquello no era un sacrificio en absoluto.

—¡Dan! —Megan gimió su nombre con placer, lo cual debió de excitarlo, pues profundizó el beso al tiempo que enredaba los dedos en su cabello.

—Eres fantástica —susurró él.

—No, no lo soy.

—¡Claro que sí! —Dan tuvo que contenerse para no apoderarse de sus pechos, cuyos pezones se alzaban erguidos como dardos

pequeños, apuntándole al corazón. Notó el movimiento explícito de sus caderas y sintió una excitación tan dura que pensó que reventaría…

Soltó un gruñido y se apartó de ella.

Megan permaneció obnubilada, mirando al cielo. ¡Eso era una interpretación y lo demás tonterías! Tenía la boca seca, sentía un vacío enorme en el cuerpo y sabía que tenía las mejillas encarnadas.

—¿Se ha ido? —preguntó por fin, tras aclararse la garganta.

Dan estaba sentado, con las rodillas contra el pecho.

—¿Quién? —dijo él, confundido.

—Katrina. La habías visto, ¿recuerdas? —repuso Megan—. No estaba, ¿verdad? —añadió al ver que Dan guardaba silencio.

—No estoy seguro —reconoció—. De hecho… creo que no.

—Entonces, ¿por qué me has besado?

—Porque quería. Llevo deseando besarte desde que esta noche te he tenido entre mis brazos —respondió Dan, esbozando una sonrisa enigmática—. Y tú también parecías desearlo. Échale la culpa al canto de los pájaros o al sol del cielo, como quieras.

¿Echarle la culpa? Era una expresión extraña, dadas las circunstancias.

—Y después de decidir a quién le echo la culpa, ¿qué?

—A eso no te puedo responder —Dan deslizó un dedo sobre los labios de Megan—. Estoy demasiado cerca de ti para pensar con sensatez.

Megan sonrió, como si no importara. Al fin y al cabo, también los adultos hacían cosas sin sentido de vez en cuando, ¿no?

—De acuerdo —aceptó ella, encogiéndose de hombros.

—Venga, casi es hora de comer —dijo Dan entonces, poniéndose en pie.

La ayudó a levantarse y caminaron hasta la terraza, donde encontraron a los demás sentados al sol, tomando una copa mientras esperaban la comida.

El coronel apuraba una copa de champán. Su esposa estaba a su lado, con cara de pocos amigos. Neil llevaba ropa deportiva mientras que Katrina lucía un vestido y un sombrero con flores.

¿Los habría visto realmente?, se preguntó Megan. ¿Por eso tenía esa cara tan larga?

—¿Una buena mañana? —preguntó el coronel mientras Dan movía una silla para que Megan se sentara.

—Muy placentera —contestó este.

—Adam y Amanda han ido al aeropuerto a recoger a Jake —informó Katrina, dirigiéndose exclusivamente a Dan—. Ah, y ha llamado tu madre. Le he dicho que habías salido y que nadie sabía adonde. Y que has venido con una novia. Parecía molesta. Como no

le habías contado nada…

Dan esbozó una sonrisa enigmática, pero no respondió. Sally llegó con la comida y todos se dispusieron a comer.

Por su parte, Megan no podía dejar de sentirse incómoda delante de Katrina. Aunque ya solo quedaba una tarde y una noche. Al día siguiente volvería a casa, regresarían al trabajo y lo olvidarían todo, tal como habían acordado.

Pero, ¿por qué se le caía el alma a los pies ante la perspectiva de que Dan volviera a comportarse como su jefe?

—¿Te apetece echar un partido de tenis esta tarde? —le preguntó Neil—. Si no te importa, Dan.

Megan esperó a que este se opusiera, pero no lo hizo.

—No tengo ni idea —se excusó ella.

—¿Y qué tal si nos damos un baño?

—Perfecto —accedió Megan al ver que Dan no intervenía.

—¿Y tú, Katrina?, ¿te animas a darte un baño?

Megan sintió lástima de la mirada de indiferencia que Katrina le lanzó a Neil, para dirigirse acto seguido a Dan:

—¿Jugamos al croquet?

—Hoy no, Katrina —rehusó él—. Hace demasiado calor.

—¿Y qué tienes pensado hacer esta tarde, cariño? —le preguntó Megan entonces, en tono acaramelado.

Dan sabía que solo era parte de la farsa. Sin embargo, no pudo evitar que el calor de su voz lo excitara. Frunció el ceño.

No había esperado que Megan fuese tan buena actriz. Y no podía soportar la idea de pasarse la tarde mirándola en la piscina…

—Se me había ocurrido dar una vuelta y ver a uno de los granjeros que nos cuidan las tierras —Dan la desafió con la mirada —. ¿Quieres venir?

Megan respondió con una sonrisa serena.

—No, gracias —murmuró—. Estoy agotada después del paseo de esta mañana.

Capítulo 8

Después de la comida, Megan subió a ponerse el bañador, para bajar a continuación a la piscina.

Nadó junto a Neil mientras Ruth Maddison se protegía del sol bajo una sombrilla y su marido roncaba sonoramente. Katrina había desaparecido y Adam y Amanda aún no habían regresado del aeropuerto.

Después del baño, se quedó dormida a la sombra… ¡una hora y media!

Eran las cinco y media y se había quedado sola.

¿Por qué no la había despertado nadie?

Sentía un calor picante por toda la piel y tenía los brazos y las piernas rojas como un cangrejo.

Se tiró a la piscina para refrescarse y luego volvió a su habitación… Es decir, a la habitación que compartía con Dan.

Estaba vacía, en cualquier caso, de modo que pudo moverse con tranquilidad.

Luego se dio un baño con agua tibia y permaneció refrescándose hasta que el sol empezó a ocultarse. Se aplicó una crema hidratante sobre la piel.

Por fin, de vuelta al dormitorio, encontró a Dan:

—Hombre, ya estás aquí —dijo Megan automáticamente—. ¿Qué tal con el granjero?, ¿se ha alegrado de verte?

—Siempre se alegra. Lo conozco desde que era un niño —respondió él mientras se acercaba a la ventana—. ¿Megan?

—¿Sí?

—Traerte aquí parecía una idea estupenda al principio…

—Nunca ha sido una idea tan estupenda —lo interrumpió ella.

—Y la principal razón de que me acompañaras era que no nos sentíamos atraídos —prosiguió Dan—. Pero el beso de esta mañana…

—Solo ha sido un capricho —atajó Megan.

—¿Un capricho?, ¿nada más? —Dan rió.

—Lamento herir tu ego, Dan.

—¡Esto no tiene nada que ver con mi ego!

—Entonces, ¿adónde quieres llegar?

Dan miró alrededor, como si fuera un animal confinado en una

jaula y estuviera buscando una salida.

—Esa es la cuestión… ¡que no lo sé! —espetó él.

—¿Por qué te enfadas conmigo? —Megan enarcó las cejas.

—¡Fue una locura! —bramó Dan con una vehemencia que jamás le había oído.

—Estamos de acuerdo… pero ahora no podemos hacer nada. Tenemos que seguir adelante —dijo Megan con firmeza—. ¿Ha llegado Jake ya?

—Hace un rato.

—¿Y has hablado con él?

—Apenas. Está cansado por el vuelo. Si esperas un conversador brillante para esta noche, me temo que podrías llevarte un chasco. De hecho, no me sorprendería que se saltara la cena y se fuera a dormir directamente. Y, ¡por Dios!, ¡haz el favor de no mirar como si el mundo se hubiera acabado!

—Sería una gran desilusión. No digo que me lo esté pasando mal, Dan, pero si he hecho esto para nada… —lo provocó ella—. ¿Qué le contaré a mi compañera de piso?

Dan se sintió excitado ante aquella nueva Megan, mucho más segura y aplomada. Y el corazón empezó a acelerársele cuando comprendió qué había de diferente en ella. Sus ojos parecían enormes y seductores, y sus labios brillaban con la promesa de una sirena.

—¿Por eso te has maquillado?, ¿en honor a Jake?

—¡Venga, Dan! —se mofó Megan, aterrada por lo mucho que la agradaba el tono celoso y posesivo de él—. Puede que sea la hija de un granjero, pero hasta las chicas de campo saben que no se puede bajar a cenar sin arreglarse un poco.

—¿Y eso es lo que te vas a poner? —Dan apuntó hacia el sobrio y elegante vestido negro que colgaba del armario de Megan.

—¿No te gusta?

—No está a la altura de los pantalones amarillos de anoche. Ni de los rosas que has llevado hoy —replicó él—. Desde luego, ofreces una imagen muy distinta a la del despacho. No esperaba que tuvieses un estilo tan… estrafalario.

—No suelo serlo. Esa ropa me la han prestado.

Dan la miró con ternura. Había algo terriblemente conmovedor en su franqueza.

—¿Por qué?

—No es tan extraño. Las mujeres nos prestamos ropa a menudo. Y la mía es muy normalita. Poco vistosa para fines de semana como este en el campo. Aunque tampoco parece que haya tenido mucho éxito.

—A mí los pantalones amarillos me gustaban. No eran lo más

convencional, pero te sentaban muy bien —dijo Dan, al que el recuerdo de los pantalones sobre el trasero de Megan todavía lo excitaba.

—¡Gracias!

—Por cierto, ¿qué es esa cosa verde que hay detrás del vestido negro? —la provocó Dan.

—Esa cosa verde, como tú la llamas, es un vestido… Me lo ha dejado la misma persona de los pantalones amarillos —respondió ella—. Pero es todo lo que una dama no debería llevar: tiene mucho escote, es muy ceñido y marca las curvas demasiado.

—A mí me suena perfecto —murmuró Dan.

—¿Bromeas?

—En absoluto. ¿Por qué no te lo pones mientras me doy un baño y te doy luego… mi opinión?

Lo dijo como si dar una opinión fuera el acto más erótico del mundo. Lo que, probablemente, había sido intencionado. Megan trató de no dejarse afectar por el comentario, pero no lo logró.

—¿Y qué te hace pensar que voy a atender a… tu opinión? —replicó coqueta y seductoramente.

—Esto —Dan le rozó el pulso del cuello con un dedo y notó que se le disparaba—. ¿Por qué no te lo pones? Aunque solo sea para divertirnos.

¿Divertirse?, pensó Megan después de que él saliera del dormitorio, cuando logró subirse del todo la cremallera.

La parte de arriba se apretaba a su cintura y le elevaba los pechos, expuestos por el generoso escote. Y la falda le marcaba el trasero sin lugar al disimulo.

La seda verde susurró cuando Megan se giró y vio a entrar a Dan, cubierto por el albornoz. Quiso decirle algo, pero saber que bajo esa prenda estaba totalmente desnudo le quitó el habla.

—¡Dios…! —exclamó Dan al verla, incapaz de creerse que la mujer que tenía delante era la misma que le organizaba la agenda en el despacho todas las mañanas.

—¿Te gusta? —preguntó Megan con voz trémula.

—¿Gustarme? —repitió él con la boca hecha agua—. Gustarme es poco, Megan.

—¿Y te parece… apropiado?

—Date la vuelta.

Lentamente, obedeció.

Dan tragó saliva mientras veía la tentación de su cuerpo girarse. Siempre había pensado que Megan era flacucha, pero era evidente que tras las prendas tan amplias que solía usar ocultaba un cuerpo capaz de excitar y volver loco a cualquier hombre.

—¿Y bien?

—No hace falta que te lo diga… Puedes ver mi reacción por ti misma —respondió Dan, devorándola con los ojos.

—¿Crees que debo ponérmelo?

—Por supuesto —aseguró él con voz rugosa—. Esta noche el espectáculo vas a ser tú, no Jake.

—¿Tan distinta estoy?

—Sabes que sí.

Y era verdad. Como sabía que era más seguro ponerse el vestido negro… y que no tenía intención de hacerlo.

—Vuelve a darte la vuelta —le pidió Dan.

—Creía que ya habías visto cómo me sentaba.

—Sí, pero quiero proteger tus delicados sentidos mientras me cambio, nada más —explicó Dan—. Ya puedes mirar —añadió después de un par de minutos, que a Megan le parecieron una eternidad.

Por fin bajaron a la piscina, iluminada por faroles naranjas y amarillos situados entre los árboles. En el centro de la terraza había una mesa grande con cubiertos de plata, candelabros y vajilla de porcelana.

—¿Verdad que es bonito? —murmuró Megan.

Dan la miró complacido y pensó que ella sí que estaba bonita… y peligrosamente sexy.

—¿Damos un paseo antes de que lleguen todos? —le propuso. Justo entonces oyó unos pasos que se acercaban—. Mira, aquí viene Jake…

Megan dio un respingo al verlo.

—¡Ayuda! —le susurró a Dan—. ¿Qué le digo?

—Calma. Sé tú misma —le recomendó él—. Es un actor famoso, pero no es distinto a ti ni a mí.

—¿Por qué estáis aquí escondidos? —preguntó Jake Haddon mientras se aproximaba a ellos.

Y Megan cumplió su ilusión de ver a la estrella de Hollywood en persona, de cerca.

Pestañeó sorprendida, pues no era como se lo había imaginado. Era muy alto y tenía facciones angulares. Pero parecía simpático y accesible. Por otra parte, no había hecho la menor concesión a la moda para aquella ocasión tan especial.

Llevaba unos pantalones demasiado informales para una velada como aquella y la camisa le colgaba por fuera. Tenía un pelo precioso, pero fueron sus ojos los que la cautivaron: eran del azul más claro que jamás había visto.

—Hola, ¿quién eres? —le preguntó Jake a Megan cuando hubo llegado a su lado.

—Megan, una amiga de Dan —contestó con timidez.

—Bueno, Megan amiga de Dan —Jake agarró sus dedos y se los besó—, ¡estoy absolutamente encantado de conocerte!

Dan rió al verla ponerse colorada de placer.

—Me alegro de verte, Jake. Una suerte que hayas podido hacernos un hueco en tu ocupada agenda.

—¡No me hables de agendas! —suspiró el actor—. Acabo de terminar una película en Manhattan y ya me están metiendo prisa para que me vaya a Sidney la semana que viene… ¡Lo que necesito es una copa!

—Pues vamos a servirnos esa copa —Dan señaló hacia una mesa que había en un rincón oculto de la piscina y echó a andar, agarrando a Megan de la mano.

Se sentaron los tres y, mientras Dan servía sendas copas de champán helado, Megan trataba de pensar en algo que decir… sin éxito.

—Creía que lo habías dejado —dijo Dan al ver que Jake se encendió un puro.

—Vamos, no intentes ser mi conciencia —protestó este—. No eres como esperaba —añadió dirigiendo la mirada hacia Megan.

—Si no sabías que iba a venir —objetó ella.

Jake miró a Dan y luego a Megan de nuevo.

—Eres la primera mujer de Dan que conozco.

—Pero no soy…

—Como cualquier otra mujer, ¿verdad? —terció Dan.

—¡Muy amable por terminarme la frase! —protestó ella, frustrada.

—Un placer —replicó Dan burlonamente, al tiempo que posaba una mano sobre una rodilla de Megan.

—Si queréis, os dejo a solas —dijo Jake en tono divertido—. ¿Si o no?

—No —contestó Megan con firmeza.

—Bueno, ¿dónde os conocisteis?

Sobrevino una pausa.

—Es mi… asistente personal —contestó Dan, lamentando lo servil que sonaba.

—¿Y qué tal es trabajar para él?, ¿es muy tirano?

—Hace lo que puede.

Dan rió y miró a Megan con ojos desafiantes:

—No, venga, ¿qué tal es trabajar para mí?

—Me temo que puede ser muy… complicado —respondió, dirigiéndose a Jake—. También es inteligente, riguroso y… —se giró hacia Dan. «Y creo que me estoy enamorando de él», se dijo para sus adentros.

—¿Y? —la apremió Dan, intrigado por la expresión de su rostro.

—Y prefiero que hablemos de Jake —se escabulló Megan—. Claro que nunca he conocido a un famoso y no tengo ni idea de qué hablar.

—Tú dime que quieres a este hombre con todo tu corazón y bastará por el momento —dijo el actor entre risas.

¿Tanto se le notaba?, ¿o había sido una mera coincidencia?

—No la agobies, Jake. Es tímida —intervino Dan, el cual la rodeó con un brazo para que apoyase la cabeza sobre uno de sus hombros—. ¿Verdad, Megan?

—A… veces.

Por suerte, Jake cambió de tema y se embarcó en un devastador ataque verbal contra la última actriz con la que había trabajado.

A Megan le parecía fascinante enterarse de los cotilleos internos, pero estaba distraída porque Dan le estaba masajeando los hombros con una mano.

Siguieron charlando mientras la luna se alzaba en el cielo y Megan les contó anécdotas sobre su infancia en la granja, con los animales… y se llevó la enorme satisfacción de comprobar que podía hacer reír a toda una estrella de Hollywood.

—Otra vez, ¿cómo se castra un cerdo? —preguntó Jake con una mueca de espanto.

Megan hizo una demostración con un pulgar y un índice.

—Así, ¿veis? Pellizcas con mucho cuidado y…

—¡No sigas! —Dan exteriorizó un escalofrío—. Me pongo enfermo solo de pensarlo.

Megan miró a los dos hombres con los que estaba compartiendo mesa: ¡un actor famoso y un miembro de la aristocracia! ¡Ojalá sus hermanos la vieran en ese instante!

Y lo más interesante de todo era que, a pesar del innegable encanto de Jake, era Dan por quien se sentía más atraída. Una atracción básica y exigente.

Quizá se debiera a su experiencia en la granja, observando el comportamiento de los animales; pero Megan tenía la certeza de que, bajo el aspecto frío y analítico que trataba de proyectar, Dan era uno de esos machos que harían cualquier cosa por proteger y satisfacer a su hembra, y alimentarla y llenarla de bebés.

—¿Te pasa algo, Megan?

Esta alzó los ojos y se vio penetrada por una mirada gris y profunda.

—Eh… ¿no deberíamos unirnos con los demás? —preguntó—. No tardarán en salir y no está bien que acaparemos a Jake para nosotros solos.

Regresaron los tres hacia la piscina, donde el resto ya había empezado a llegar.

Poco a poco se fueron reuniendo todos hasta que Katrina, la última en aparecer, hizo una entrada espectacular con un vestido rosa a juego con los zapatos de tacón, y corrió a sentarse sobre las piernas de Jake, como si fuera una chiquilla.

—¿Viene alguien más? —preguntó él.

—No —Dan negó con la cabeza—. Me temo que solo somos nosotros.

—¡Genial! —exclamó Jake—. Nada de desconocidos dándome la tabarra. Puedo emborracharme tranquilamente sin miedo a que alguien me saque una foto comprometida —añadió, al tiempo que apartaba a Katrina de su regazo para dirigirse hacia Adam, que estaba abriendo una botella de champán.

—Tomad —Amanda les acercó sendas copas de champán a Dan y Megan—. Le hemos dicho a Sally que se tome la noche libre. Así podremos divertirnos a nuestras anchas.

—¿Tienes pensado algo en particular? —preguntó Dan, sonriente, mientras le entregaba una copa a Megan.

—Bueno, hay vino, música, comida deliciosa… —Amanda suspiró—. Ojalá haga tan bueno el día de la boda. ¡Ya solo quedan dos semanas! Tienes que venir, Megan.

—Qué detalle —dijo esta, mirando a Dan como pidiendo ayuda.

—Todavía no se lo había comentado —terció él.

—Ah —Amanda pareció decepcionada, pero tuvo el buen juicio de no insistir—. Bueno, voy a ver qué música ha traído Adam.

La vieron alejarse en silencio mientras un melodioso saxofón estremeció el aire de la noche.

Y Megan deseó que el fin de semana se alargase… y se alargase.

Miró a Dan, el cual tenía el ceño fruncido y se preguntaba en el lío en el que se había metido. Había esperado estar harto de Megan a esas alturas y, sin embargo, estaba disfrutando de su compañía… y deseoso de sentir su cuerpo pegado al suyo.

—Katrina no parece muy alegre —comentó Megan, tratando de romper el silencio que los había envuelto.

—No… —convino Dan, que apenas se había fijado en la jovencita, por estar completamente concentrado en Megan—. ¿Quieres bailar? —le propuso de repente.

—¿Ahora?, ¿contigo?

—Sí, ahora. Conmigo.

—Pero no hay nadie más bailando.

—¿Y qué? —Dan sonrió—. No estamos infringiendo ninguna ley, ¿verdad? Vamos, Megan, sé valiente. ¡Que nos vean!

El corazón se le cayó a los pies, pues aquella última frase dejaba bien claro que Dan bailaba con ella porque Katrina estaba delante, no porque la encontrara irresistible.

—Está bien —aceptó de todos modos.

Dan la recibió entre los brazos y en seguida notó un fogonazo erótico por debajo de la cintura. Se obligó a mantener las manos quietas, aun cuando estaba deseando acariciarla de arriba abajo.

Megan vio el rostro dolido de Katrina y, por un momento, se compadeció de ella. Pero luego se recordó que estaba desperdiciando su amor, pues Dan no le correspondería nunca… así que apretó los pechos contra el torso de él.

Se deslizaron juntos, al margen de las miradas y rumores que los rodeaban, hasta que Jake dio un golpecito en el hombro de Dan:

—Mi turno —dijo con suavidad mientras apartaba a su amigo para tomar a Megan entre sus brazos.

—Sí… —Dan se sintió un poco desorientado—. Voy a ayudar a Amanda con la comida.

Por su parte, Megan no podía creerse que estuviera bailando con el mismísimo Jake Haddon y que, sin embargo, hubiese preferido seguir junto a Dan.

—¿Hace cuánto que estáis tan unidos? —le preguntó Jake con naturalidad.

—En realidad, estamos empezando —repuso ella sin mentir del todo.

—O sea, que todavía no conoces a su madre, ¿no?

—No —contestó Megan mientras él la hacía girar.

—Me gustaría estar delante en ese momento —Jake sonrió—. Es una mujer con mucho carácter. Seguro que no entiende por qué le ha costado tanto a Dan sentar la cabeza, y…

—¿Y se extrañará de su elección? —completó Megan.

—Como digo, no eres como esperaba en absoluto.

—Lo tomaré como un halago… ¿Y tú? —añadió de repente.

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Vas a seguir haciendo películas?

—Es una pregunta rara —contestó Jake, sorprendido.

—No da la impresión de que disfrutes mucho.

—Cierto —Jake suspiró—. De hecho, estoy pensando en volver a la universidad a seguir estudiando Arqueología, que es lo que estaba haciendo hasta que me descubrieron… ¿Crees que estoy loco?

Megan se pensó la respuesta unos segundos.

—¿Tiene que ser todo o nada?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, volver a ser estudiante teniendo… ¿cuántos años?

—Treinta y tres.

—Podría ser complicado, dada tu popularidad —prosiguió Megan—. ¿Por qué no combinas tu experiencia en el cine con tu

amor a la arqueología para hacer documentales?, ¿o es demasiado simple?

—A veces las cosas más sencillas son las que más cuentan —Jake se detuvo—. Venga, la comida está lista y Dan me está mirando con cara de pocos amigos.

La alivió que la cena fuera tipo bufé, pues no estaba de humor para conversaciones formales mientras Katrina la asaeteaba con la mirada. Ni siquiera tenía apetito, aunque sí una sed tremenda, que la hizo tomarse tres copas de champán casi seguidas.

—¿Quién quiere darse un baño? —preguntó de pronto Katrina, subida ya al trampolín.

De lejos parecía que llevaba un biquini, pero, de cerca, comprobaron que era una combinación de sujetador negro y braguitas bastante transparentes.

—¿Está suficientemente sobria para nadar? —le preguntó Megan a Amanda después de que Katrina se lanzara al agua de cabeza.

—No lo creo —respondió Dan—. ¡Katrina, sal!

—¿Por qué no me sacas tú? —lo desafió ella.

—Déjala —Jake se encogió de hombros.

—Ha bebido demasiado. Es peligroso —replicó Dan—. Que alguien prepare café. Voy a ponerme el bañador.

Entró en casa y, acto seguido, Katrina salió de la piscina y recogió el vestido.

—¡Qué frío hace! —dijo temblando—. Voy dentro por un jersey.

—Date prisa —la instó Amanda—. ¡Quiero probar el pudín!

Pero Megan sabía que era un truco: Dan estaba cambiándose y Katrina iba hacia él medio desnuda.

Trató de mostrar interés por lo que Amanda le empezó a contar, en cualquier caso, hasta que, de pronto, oyeron un ruido estrepitoso y Katrina dio un grito histérico:

—¡Dan!

—Voy a ver qué pasa —dijo Megan, con el corazón encogido—. Si necesito ayuda, os llamaré. De verdad.

Entró corriendo y subió los escalones de dos en dos, guiada instintivamente hacia el dormitorio que compartía con Dan.

No llamó a la puerta, sino que la abrió de golpe…

A tiempo de ver a Katrina desnuda sobre la cama… y a Dan de pie, cerca de ella, cubierto solo por unos pantalones y sujetando la ropa interior de Katrina con una mano.

Capítulo 9

—Para, Dan —dijo Katrina con voz rugosa—. Tenemos público.

—Vístete y sal de aquí —le ordenó Dan con firmeza, tirándole la ropa interior junto a la cama—. Si te marchas ahora, no habrá ninguna escena. Pero no empeores las cosas o te aseguro que te arrepentirás —la amenazó.

Katrina vaciló unos segundos, tras los cuales se levantó disgustada y agarró la ropa interior, aunque no hizo la menor intención de vestirse ni de cubrir sus turgentes pechos.

—¡Está bien, me voy! —espetó ella. Luego se dirigió a Megan—. Pero no creas que no se habría acostado conmigo si no hubieses aparecido. Estaba excitado, ¡pregúntaselo!

—Me das lástima —contestó Megan—. Eres una chica muy guapa, pero estás perdiendo el tiempo. No seas tonta, debes saber que Dan no te quiere como tú a él. No entiendo cómo has podido rebajarte tanto.

Entonces, con la mirada vacía, como si el globo de su imaginación se hubiese pinchado, Katrina susurró:

—¿No me amas?

—Sabes que nunca te he querido más que como a una hermana —contestó Dan—. Y estás poniendo en peligro incluso esa relación.

Katrina lo miró a la cara, totalmente callada, se dio la vuelta y salió del dormitorio cerrando de un portazo.

—¿Megan? —la llamó Dan.

—No quiero hablar del tema —rehusó ella con lágrimas en los ojos—. ¡Es la cosa más deplorable que he visto en mi vida!

—¿No pensarás de verdad que le iba a hacer el amor? Entró mientras me estaba cambiando, se desnudó y se tiró hacia mí. Así es como rompió la lámpara. Cuando le dije que se marchara, tiró la ropa interior al suelo —explicó Dan con expresión crispada—. Solo intentaba que se cubriera y se marchase.

—¡Ya sé que no le ibas a hacer el amor en nuestra cama! —replicó Megan—. ¡Tú no eres capaz de aprovecharte de los sentimientos de una mujer!

Puede que fuera el modo en que había dicho «nuestra» cama, o la manera en que los pezones se le marcaban a través del vestido verde; lo cierto era que, de repente, no se sentía precisamente muy

controlado.

—¿Cómo puedes estar tan segura… —murmuró él, sonriente— …cuando quiero hacerte el amor ahora mismo?

Megan lo miró emocionada, incapaz de creer que Dan estuviera diciéndole algo así. Pero si necesitaba más pruebas, solo tenía que mirarlo a los ojos.

¡La deseaba! No habían sido imaginaciones suyas, sino que la había deseado realmente desde que la había llevado a esa casa… ¡como ella a él!

—¿A… ahora? —tartamudeó Megan.

—Ahora mismo.

—Pero los demás…

—Que piensen lo que quieran.

Megan deseó que Dan no estuviera tan lejos. La distancia entre ambos la hacía sentir que aquello no estaba sucediendo en realidad.

—Bueno, pues acércate —le pidió con suavidad.

—Un paso más y ya no podré controlarme —la advirtió él.

—¿Y quién te está pidiendo que te controles? —lo desafió Megan—. Aunque no quisiera que pensases que hago este tipo de cosas…

—¿Habitualmente? Ya lo sé. Yo tampoco acostumbro —respondió Dan—. Solo quiero estar seguro: ¿me deseas?

—Sin duda.

—Entonces soy tuyo. Fin de la discusión.

Y cubrió la distancia que los separaba para apretarla entre los brazos. Luego le alzó la barbilla y le rozó los labios con la lengua.

Se pegó a él mientras su lengua la exploraba con una dedicación que la mareaba. Megan le rozó las tetillas y Dan jadeó en respuesta, al tiempo que le apretaba las nalgas vorazmente.

Luego la levantó y la puso en contacto con el formidable poderío de su erección.

—¡Dan! —gimió ella. Hacía casi dos años que no tenía relaciones; desde que había roto con David, de hecho—. No sé si me acuerdo de cómo se hace esto —añadió con voz trémula.

—Yo te enseño —murmuró él mientras empezaba a bajarle la cremallera del vestido—. ¿Quieres que te desnude yo?, ¿o prefieres hacerlo tú sola?

—Hazlo tú —dijo Megan, ocultándose contra el cuello de él para que no le viera la cara.

A Dan lo fascinaba aquel cambio: tan pronto era atrevida y provocativa como luego, un minuto después, dulce y retraída.

¿A qué se debería?, ¿estaba pensando en lo que ocurriría cuando se vieran de nuevo en el despacho? Dan comprendió la locura que estaba a punto de hacer, pero ya le había bajado la cremallera y el

vestido estaba en el suelo.

Era demasiado tarde.

—Déjame que te mire —le pidió Dan con voz temblorosa.

—Mis piernas son muy delgaduchas —lamentó ella, a pesar de la mirada de satisfacción que apreciaba en el rostro de Dan.

—¿Por qué te subestimas tanto? —preguntó este mientras se agachaba frente a ella y le acariciaba los tobillos—. Tienes los pies más bonitos que he visto en mi vida.

—¿De… de verdad?

Dan fue subiendo el pulgar por la pantorrilla, hasta llegar a la corva; siguió ascendiendo agónicamente hasta rozarle las bragas y bajárselas hasta las rodillas.

Luego hundió el rostro en el vello de su vértice y empezó a besarla.

—¡Dan! —susurró ella, estremecida de placer.

—¿Te gusta?

—Demasiado —gimió Megan.

Dan notó que estaba temblando, que él mismo no estaba para muchos preliminares. Necesitaba cubrirla con el cuerpo y penetrarla. Llenarla completamente… ¡No! ¡Dios!, ¿dónde estaban los preservativos?

—Ven aquí —murmuró él con voz ronca, arrastrándola hasta la cama.

Megan no pareció ofenderse por aquel brusco gesto. Dejó que la posara sobre la cama y luego lo vio despojarse de los pantalones y los calzoncillos. Y se tumbó a su lado.

Se volcó sobre ella para saborear la dulzura de sus labios y entonces, cuando la espera fue insoportable para los dos, le separó los muslos con la sonrisa de un hombre que había descubierto un tesoro y se adentró en su intimidad.

El sol entraba por la ventana. Megan abrió los ojos y se encontró a Dan mirándola a la cara como si estuviera memorizándola para un examen.

—Hola —la saludó este, sonriente.

—Hola —Megan bostezó adormilada—. ¿Nos hemos perdido el desayuno?

—No, pero espero que nos lo perdamos —Dan le besó la punta de la nariz—. A no ser que tengas mucha hambre.

—La tengo —dijo ella, rodeándole el cuello con los brazos—. Pero no de comida.

De modo que le hizo el amor suave y lentamente y cuando terminaron de bañarse y vestirse, casi era la hora de comer.

—No sé si tengo fuerzas para bajar —comentó Megan.

—¿Por qué? —Dan deslizó un dedo por el cuello de ella—. No

creo que Katrina nos dé más problemas. Ya viste su cara cuando se marchó. Misión cumplida.

—Sí, misión cumplida —repitió Megan con voz hueca. En efecto, ya habían logrado el objetivo que se habían propuesto. Pero el fin de semana había cambiado la relación entre ambos y, aunque se habían prometido ser sinceros mientras durase la farsa, no se animaba a preguntarle qué sentía de verdad hacia ella—. Hace calor, ¿no te parece?

Dan pensó que ella sí que lo ponía caliente. Pero había algo más que una mera atracción sexual. Algo que lo preocupaba y no entendía por qué.

—Será mejor que bajemos —dijo Dan finalmente—. ¡Antes de que envíen una expedición a buscarnos!

Abajo, Amanda y Adam estaban tumbados junto a la piscina. Neil estaba haciendo unos largos y Charles y Ruth habían salido a dar un paseo.

—¿Dónde está Jake? —preguntó Dan.

—Se marchó disparado a Londres hace una hora. Katrina lo convenció para que lo llevara con él —los informó Amanda. Luego le hizo una señal a Megan para que se sentara junto a ella—. ¿Qué os pasó anoche? Desaparecisteis los tres después de aquel ruido. ¿O debería no preguntar?

—Hubo un pequeño malentendido —respondió Megan con cautela—. Pero parece que ya se ha aclarado.

—¡Muy leal por tu parte, Megan! —Amanda esbozó una amplia sonrisa—. Espero que a partir de ahora Katrina deje de incordiar a Dan y de seguirlo como un perro faldero. ¡Pobre! Parece condenado a hacer daño a las mujeres.

—¿Sí? —Megan miró a Amanda con interés.

—¡Pero no adrede! Siempre rompe sus relaciones… y las mujeres no parecen aceptarlo —Amanda sonrió—. Pero contigo es diferente, eres la primera mujer que trae a casa, así que debes de ser muy especial.

¡Si ella supiera!, pensó Megan. Y luego, resguardada tras las gafas de sol, cerró los ojos y no dijo una palabra más.

Capítulo 10

Dan y Megan atravesaron las puertas de Edgewood House y el mundo pareció explotar con una ráfaga de flashes y gente que los rodeaba.

—¿Se puede saber…? —Megan se agachó instintivamente y Dan apoyó el pie sobre el pedal del freno.

—¡Es la prensa! —maldijo él mientras tocaba el claxon para apartar a los reporteros—. Habrán venido en busca de Jake.

—¿Cómo se han enterado de que estaba aquí?

—¿Quién sabe? La gente lo sigue. Los taxistas reciben propinas a cambio de un chivatazo a la prensa. Es el precio de la fama —contestó al tiempo que pisaba a fondo el acelerador.

El resto del viaje fue muy tranquilo.

Megan estaba cansada, pero se sentía demasiado tensa como para dormirse, y Dan parecía preocupado. Habían hecho las maletas después de comer y habían terminado haciendo el amor sobre una silla en un acto rápido y furioso, insoportablemente excitante.

Después, Dan se había quedado muy silencioso y, aunque se moría de ganas por preguntarle por qué, no quería presionarlo.

Por otra parte, ¿no sería una tontería, después de un fin de semana siendo totalmente sinceros el uno con el otro, que no se atreviera a hablar con él cuando de veras importaba?

—¿Dan? —lo llamó por fin, cuando apenas quedaban cinco kilómetros para llegar a su casa.

—¿Sí? —respondió él, sumido hasta entonces en un profundo silencio, extrañado porque no le había dedicado ni un solo segundo a pensar en el trabajo en todo el fin de semana.

—¿No va a resultar un poco… difícil… a partir de ahora?

—¿En qué sentido?

—¿Tú qué crees? —replicó Megan en tono sarcástico—. El hecho de que nos hallamos pasado las últimas no sé cuántas horas haciendo el amor sin parar podría influir de alguna manera en nuestra relación laboral, ¿no te parece?

—Solo si lo permitimos.

—¿Y?

—Y no lo permitiremos.

Así de sencillo, pensó Megan con el corazón destrozado.

Dan entró en la calle donde vivía Megan, aparcó frente a su casa y advirtió que se movían las cortinas del salón.

—Mira, tu compañera de piso te está esperando —comentó él con voz neutra.

—Sí, es Helen… ¿quieres que te la presente?

—Tengo que trabajar —se excusó Dan tras consultar el reloj.

—¡Sí, claro! —explotó Megan—. ¿Cuál es el problema, Dan?, ¿es una casa demasiado humilde para ti?, ¿es eso? Puede que mi compañera de piso no pertenezca a la aristocracia, pero es…

—¡Basta!

—Creía que habíamos acordado ser sinceros.

—¿Sinceros? Eso no ha sido sinceridad. ¡Ha sido un insulto! ¿Cómo te atreves a llamarme snob cuando no te he dado ni un motivo para hacerlo? —protestó Dan—. ¡Que esté cansado y tenga que trabajar esta noche no te da derecho a acusarme de que miro por encima del hombro a tu compañera de piso!

—¡Vale! —exclamó Megan, hecha una furia—. ¿Te importa sacarme el equipaje, por favor?

—En absoluto.

Dan le dejó la maleta en la acera y cuando Megan fue a levantarla, le temblaban tanto las manos que se le cayeron las llaves de casa.

Dan se agachó a recogerlas y se las entregó.

—Megan… —dijo entonces, en tono suave, después de suspirar.

—¿Sí?

—No te enfades.

—¡Yo no me enfado!

—Bueno, sonríe entonces.

—No me apetece.

—¿Crees que esto puede ayudarte? —Dan se inclinó y le dio un dulce beso en los labios—. Venga, quizá sí pueda pasar un rato después de todo.

Megan se quedó helada. ¿Qué pretendía?, ¿le estaba haciendo un hueco en la agenda para volver a darse un revolcón con ella?

—No te preocupes —respondió con frialdad—. ¡Mi amiga podría ofenderse si nos metiéramos directamente en el dormitorio!

—¡Muy bien!, ¡ya veo lo que piensas de mí! —dijo Dan con expresión tensa—. Haremos como habíamos convenido: si quieres que nuestra relación vuelva a ser como antes del fin de semana, lo será.

—¡No!, ¡eres tú quien quiere fingir que no ha pasado nada! —replicó ella.

Dan abrió la boca para hablar, pero notó que volvían a mover la cortina del salón. Solo que, en esa ocasión, la compañera de piso los

estaba mirando descaradamente.

Suspiró.

Le gustaba Megan. Le gustaba mucho. De hecho, más de lo que jamás le había gustado ninguna mujer. Podía hacerlo reír y enfurecerlo; pero, sin duda, no era nunca aburrida.

—¿Dan?

—¿Sí? —respondió con voz ausente, distraído aún con sus pensamientos.

—¿De verdad quieres que olvidemos lo que ha pasado?

Dan se recordó que Megan era su ayudante, una profesional a la que respetaba y no quería perder, lo cual terminaría sucediendo si prolongaban su aventura.

—Sí, olvidémonos de todo —contestó finalmente. Luego, de alguna manera, logró esbozar una sonrisa—. Tómate libre mañana. Cuando vengas el martes, todo se habrá calmado.

Creyó que se moriría, pero Megan se forzó a despedirlo con otra sonrisa. Luego entró en casa y empezó a llorar.

—¿Por qué lloras? —le preguntó Helen, preocupada, corriendo a recibirla y consolarla.

—Porque… porque… ¡Helen…! —y no pudo continuar.

—¡Dime! —le ordenó esta mientras le tendía un pañuelo.

—Resulta que es un hombre distinguido y su familia tiene una finca fabulosa…

—Ahora sí que lo entiendo —dijo Helen sarcásticamente—. ¿Qué pasó con la joven que lo perseguía?, ¿la convencisteis de que erais amantes?

—Sí —Megan se sonó la nariz—. Lo malo es que la farsa llegó más lejos de lo que había esperado y…

—¡No! —exclamó la amiga—. ¿Lo has hecho?

—¡Sí! ¡Me he acostado con él y ha sido maravilloso y no sé qué hacer! —Megan rompió a llorar de nuevo.

—Tómatelo con calma —le recomendó Helen, alarmada.

—El problema es que la he fastidiado cuando veníamos de regreso —lamentó Megan—. No he podido soportar la idea de perderlo y he sido tonta y mezquina: le he dicho que era un snob cuando sé que no lo es en absoluto.

—Bueno, pues cuéntaselo a él mañana.

—Me ha dado el día libre.

—El martes entonces.

—Pero ha dicho que cree que deberíamos volver a como era antes…

—¡Mejor todavía! Hazte la dura —sugirió Helen.

—Pero no quiero jugar con Dan.

—No es jugar, Megan. Se llama sobrevivir. Sabes que los

hombres pueden asustarse mucho si creen que una relación va demasiado en serio —explicó Helen—. Seguro que espera peleas y recriminaciones. ¡Pues sorpréndelo! Actúa con normalidad cuando lo veas.

—¿Con normalidad? —Megan esbozó una sonrisa insegura—. Creo que se me ha olvidado cómo.

No tardó en comprender que no podía dar marcha atrás. Y menos cuando ni siquiera quería ser la que había sido antes.

Para empezar, se negaba a volver a usar la ropa gris que siempre había llevado al despacho. Dan la había hecho sentirse una mujer de verdad y quería celebrar su feminidad, para variar.

—Helen, ¿tienes hoy algún vuelo? —le preguntó el lunes por la mañana tras pasar una larga noche desvelada.

—No, ¿por qué?

—Tengo el día libre y…

—Quieres ir de compras, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabías? —preguntó Megan, perpleja.

—Intuición femenina —respondió su compañera—. Y sí, te acompaño encantada.

Dan ya estaba sentado en su mesa cuando Megan llegó al despacho el martes por la mañana. Había pasado el día anterior con la mirada perdida en el vacío, tras una larga noche de insomnio.

Alzó los ojos y abrió la boca para darle los buenos días, pero se quedó helado al verla.

Megan llevaba una camiseta negra ajustada y una minifalda roja a juego con sus uñas, pintadas, y estaba maquillada.

¡Estaba radiante!

—¿Se puede saber a qué estás jugando? —le preguntó él.

—Muy buenos días a ti también, Dan —respondió Megan con una sonrisa amable—. ¿Te apetece un café? A mí me vendría bien uno.

Dan gruñó al verla salir del despacho. ¿Lo estaba castigando por su comportamiento en el coche el domingo? Suspiró al verla regresar con dos tazas de plástico llenas de humeante café.

—¿Es que no hay tazas de loza en todo el edificio? —protestó Dan.

—No, nunca te habías quejado antes.

Megan le sirvió el café, el cual no tocó Dan en toda la mañana, como tampoco tocó ninguno de los asuntos pendientes en los que debía trabajar, distraído inevitablemente por las piernas de Megan.

—¿Te pasa algo? —le preguntó ella—. No has dicho una palabra en toda la mañana.

—¡La culpa es tuya! —exclamó él—. ¿Cómo se te ocurre venir a trabajar vestida así? —añadió en tono amenazante.

—¿Qué tiene de malo?

—¡Todo! —Dan deslizó la mirada por el cuerpo de Megan y recordó lo que había estado haciendo con ella a esas horas el domingo—. ¡Nada! —añadió, incomprensiblemente.

—¿En qué quedamos? —lo provocó ella.

Dan se levantó de la mesa y le lanzó una mirada tan apasionada que a Megan se le endurecieron los pezones.

Lo cual no pasó inadvertido para él, pues se acercó a su mesa y la levantó en brazos como solo sucedía en las películas. Luego posó los labios sobre su boca y pensó que jamás había besado a ninguna mujer con tal ardor.

Por su parte, Megan se dejó besar y acariciar los pechos. Sintió un placer intenso por todo el cuerpo y se preguntó cómo terminaría aquello.

—¡Dan, por favor!

—No tienes que rogarme, Megan —murmuró él con suavidad—. Estoy preparado y más que dispuesto. ¿Te gusta esto? —añadió al tiempo que le introducía una mano bajo la falda y la posaba sobre la cara interior de un muslo.

Megan cerró los ojos y se imaginó que Dan se bajaba la cremallera y le hacía el amor allí mismo… ¿o no era una fantasía?

Abrió los ojos de golpe al oír el ruido de la cremallera y vio que, en efecto, se estaba bajando los pantalones y la estaba poniendo sobre la mesa.

—¡Dan! —gritó ella mientras este tiraba al suelo los papeles que cubrían la mesa.

—Tienes que ampliar tu vocabulario, Megan —dijo Dan en tono exultante—. No dices más que mi nombre.

Luego la besó de nuevo, mordiéndole los labios con fiereza, le bajó las bragas de un tirón y la penetró para satisfacción de ambos. Pero si Dan se había mostrado salvaje, también Megan se aferró a su cuello como si se estuviera hundiendo más y más con cada arremetida.

—¡Dan! —gimió de nuevo cuando este aceleró el ritmo—. ¡Por favor!, ¡ya!, ¡ya!

No necesitó que insistiera. Notó que el cuerpo de Megan se estremecía espasmódicamente y, justo cuando notó que llegaba al clímax, él, con un último empuje, alcanzó su propio orgasmo. Luego cayeron sobre la mesa, empapados en sudor y agotados.

Y el teléfono eligió ese preciso momento para sonar.

Capítulo 11

Las siguientes horas fueron las más embarazosas que Megan recordaba. Primero pasó por la humillación de bajar de la mesa y reajustarse la ropa. Y lo peor de todo fue que no encontraba las bragas por ningún lado.

—¿Buscas esto? —le preguntó su jefe, tirándoselas a la mesa.

—Parece que se te da bien recoger la ropa interior de las mujeres, ¿eh? —replicó Megan, implacable.

—¿Cómo te atreves?

—No, ¿cómo te atreves tú?

Entonces, de pronto, llamaron a la puerta.

—Megan, ¿estás ahí?

—¡No entres! —chilló ella.

—Vale, vale… Solo era para decirte que han traído un ramo de flores para ti.

—Déjalo afuera —acertó a responder Megan. Le entró un escalofrío al ver que ni siquiera habían echado el cerrojo a la puerta —. ¡Podía haber entrado cualquiera! —le espetó a Dan.

—¿Crees que no lo sé? —repuso él, que aún no podía entender cómo había perdido el control hasta el punto de poseer a Megan sobre la mesa del despacho—. Me voy, no puedo trabajar aquí. Me acercaré a la sala general de ordenadores. Ya sabes dónde encontrarme.

Megan lo miró incrédula, hizo ademán de protestar; pero Dan ya había abierto la puerta. Nada más salir, vio el extravagante ramo de flores que le habían dejado fuera.

—¿Se puede saber de quién son? —le preguntó él.

—No te lo imaginas, ¿verdad? —repuso Megan, provocativamente, aunque tampoco ella tenía la menor idea de quién se las había enviado.

Agarró el ramo y, una vez que Dan se hubo marchado, leyó la nota:

Gracias por tus sensatos consejos. Te debo una. Con cariño, Jake.

Eran unas flores preciosas, pero Megan no logró sentirse entusiasmada. Las colocó sobre la mesa, como un acto desafiante, en la esperanza de que Dan las viera; pero este no regreso al

despacho en todo el día.

Finalmente, se las llevó a casa y se las enseñó a Helen, sumamente impresionada:

—Jake Haddock te manda un ramo de flores, ¿y todavía estás triste? ¡No te entiendo, Megan!

—Pues únete al club —repuso esta con voz sombría.

Al día siguiente, Dan tuvo que marcharse a Suecia y mantuvo una fría y tensa conversación con Megan antes de partir:

—El billete de avión y el resguardo del hotel están en esta cartera —lo informó ella.

—Gracias —contestó Dan sin apenas mirarla a la cara. Suspiró —. Megan…

—No, por favor —atajó ella con contundencia.

—Pero no podemos seguir como si no hubiera pasado nada.

—¡No seguimos igual! —contestó Megan—. Trabajamos en despachos separados y casi no nos dirigimos la palabra.

—Es verdad —reconoció Dan. Luego se quedó en silencio. Aunque se había librado de la presencia de Megan, no había podido dejar de pensar en ella. Finalmente, había decidido que quizá podrían darse la oportunidad de seguir viéndose… pero primero tenían que cambiar las circunstancias—. Razón por la cual he estado pensando en ascenderte. La ayudante del vicepresidente se marcha a vivir a Francia y deja su puesto libre. Sería una gran oportunidad para ti… Y a Marty le gusta cómo trabajas.

Megan lo miró desconcertada. Se negaba a aceptar que Dan se fuera a desembarazar de ella de un modo tan poco delicado.

—¡Ya!, ¡seguro que le gusto mucho! No creo ni que fuera capaz de reconocerme si se cruzara conmigo por un pasillo —contestó ella al cabo de unos segundos—. ¿Qué le has contado exactamente, Dan? Me extraña mucho que quiera ofrecerme el puesto sin haberme entrevistado siquiera.

Dan se quedó helado ante lo que Megan había dado a entender.

—¿Cómo puedes pensar que le he hablado de… nuestra relación?

—¿El ego de los hombres?, ¿para presumir de lo que habéis hecho y con quién? —Megan se encogió de hombros.

—¿Lo ves? Esto es lo que pasa cuando se mezcla el trabajo con la vida privada: al final, todo degenera.

—¡Ya lo he comprobado! —exclamó ella, dolida—. Pero, al grano, ¿no tengo nada que decir respecto a mi futuro puesto de trabajo en esta empresa?

—Megan…

—No, Dan —se adelantó ella con testarudez—. Si lo que vas a decir no es más que un intento de suavizar las cosas, ¡no me

interesa!

—Entonces, ¿no quieres cambiar de puesto?

Megan le lanzó una mirada gélida. Cualquier cosa sería mejor que verlo todos los días… y recordar lo que se estaba perdiendo.

—En realidad, sí. Creo que sí quiero.

Capítulo 12

Cuando Dan regresó de Suecia, encontró varios cambios importantes en la estructura de la plantilla de Softshare.

Megan era la asistente personal del vicepresidente, y había descubierto que le gustaba trabajar para él. Era un hombre correcto, con objetivos claros y buen sentido del humor.

Y, por encima de todo, ¡estaba felizmente casado!

El puesto de asistente de Dan lo había ocupado una mujer que parecía increíblemente eficiente y muy agradable… y estaba más cerca de los sesenta que de los cincuenta.

—¡Se lo merece! —le dijo a Helen.

—¿No estás siendo un poco dura con él?

—¡No puedo creerme lo que estoy oyendo! —exclamó Megan—. ¿Has olvidado de quién estoy hablando? ¡Dan McKnight, el hombre que me utilizó y me rechazó!

—Creía que solo había hecho lo que habíais convenido desde el principio: tratar lo que quiera que sucediese durante el fin de semana como un hecho aislado del resto de vuestras vidas.

—¿Lo estás defendiendo?

—No estoy segura —Helen suspiró—. ¿Por qué no hablas con él por lo menos? Te ha llamado dos veces.

—¡No quiero hablar con él! —replicó ella justo cuando empezó a sonar el teléfono.

—¿Megan? —preguntó una voz sexy y profunda al otro lado de la línea, después de que esta contestara.

—Hola, Jake.

—Vaya, ¿tan mal estás?

Trató de negarlo y responder en tono alegre, pero al final decidió confiar en él.

—Sí…

—¿Es por Dan?

—¿Cómo lo has adivinado?

—Soy actor, me pagan por observar a las personas. Puedo acercarme a verte —le propuso Jake—. Claro que te arriesgas a que tu vida no vuelva a ser la misma nunca. La prensa te perseguirá hasta el fin de tus días. ¿Por qué no vienes a la boda conmigo y te animas?

—¿Qué boda? —Megan parpadeó.

—La de Adam y Amanda, ¿recuerdas? Es este fin de semana.

—No puedo, no estoy invitada.

—¡Claro que sí! Amanda me ha dicho que añadió tu nombre en la invitación de Dan. ¿No te ha comentado nada?

—No —repuso Megan sin aclarar que tampoco había atendido a sus llamadas.

—Bueno, el caso es que en mi invitación pone «a Jake Haddon y acompañante». Así que, ¿por qué no vienes y eres mi acompañante?

Megan vaciló. Sabía que había mil razones para rechazar aquella invitación; pero algo la detenía: se sentía triste. De hecho, llevaba triste desde que habían vuelto de aquel fin de semana agridulce.

—De acuerdo, Jake —convino finalmente—. Seré tu acompañante.

—Lo dices como si fuera una condena —bromeó él.

—No quería…

—Ya lo sé —Jake suspiró—. Tranquila, Megan. ¡Será una inyección enorme para mi ego!

—Jake…

—Ya sé, ya sé —se adelantó él—. No quieres que se lo cuente a Dan.

—A nadie —dijo Megan—. Quiero ver cómo reaccionan.

Acababa de colgar cuando el teléfono volvió a sonar y otra voz profunda y sexy la hizo sentir un hormigueo en el pecho.

—¿Megan?

—¿Eres tú, Dan? —contestó ella, luchando por mantener la calma.

—¡Claro que soy yo! —explotó Dan. Luego suspiró. Se había prometido no perder los nervios—. ¿Cómo estás? —añadió con voz sedosa.

—Bien.

—No has respondido a mis llamadas.

—Cierto.

—He estado muy ocupado con la boda y…

—¿Me llamas para algo en concreto? —lo interrumpió Megan con frialdad—. ¿O solo quieres hacerme un recuento de tu agenda?

Nunca se había sentido tan irritado. Ni tan excitado.

—¿Estás ocupada el sábado que viene?

—Me temo que sí.

—Lástima —dijo él, como sin darle importancia—. Te iba a invitar a la boda de Adam y Amanda. Sobre todo, a Amanda le hacía ilusión que fueras.

A Amanda, no a él, comprendió Megan, dolorida. Aunque quizá debía agradecerle que fuese sincero.

—¿Sí?

¿Debía contarle que ya iba a ir?, ¿o sería mejor que no se enterase de que aparecería del brazo de Jake? Se sentía dividida. No quería mentir, quizá debiera ser sincera y…

—Estoy seguro de que Adam y Amanda se habrían alegrado de verte —la interrumpió Dan—. Pero, en fin, no importa. Adiós, Megan.

—Adiós —repitió ella justo antes de colgar.

Pero, al menos, la boda le ofrecía un motivo en que concentrarse. Quería estar más guapa que nunca para ver la reacción de Dan cuando la viera.

Así que se fue a una tienda que alquilaba vestidos espectaculares y, después de probarse varios modelos, salió del vestuario con uno largo, hasta el suelo, de una tela gris plateada, diseñada para reflejar la luz y adaptarse a su sinuoso cuerpo.

Incluía un sombrero a juego y, en conjunto, decidió Megan, era justo lo que quería ponerse para acompañar a una boda a uno de los hombres más famosos del mundo.

La boda iba a celebrarse en una iglesia de Knightsbridge y, una hora antes de la ceremonia, una limusina enorme aparcó frente a la casa de Megan.

—¡Está aquí!, ¡está aquí! —exclamó Helen, emocionada—. ¡Dios!, ¡está saliendo! Megan, rápido, ¡se acerca a la puerta!

—Pues ábrela.

—No puedo, me sentiría muy violenta…

—Si yo puedo hablar con él normalmente, te aseguro que tú también.

—Es diferente —contestó Helen—. A ti no te impresiona porque estás enamorada de Dan. Pero yo…

—¡Abre de una vez! —la interrumpió, irritada.

Porque, por mucho que tratara de convencerse de lo contrario, tenía que reconocer que Helen tenía razón: estaba enamorada de Dan… así que, ¿qué iba hacer al respecto?

Jake llevaba una levita morada y unos pantalones de satén oscuros.

—¿Te gusta?

—Me encanta —suspiró Helen.

—No cabe duda de que es diferente —comentó Megan, reprimiendo una sonrisa.

La iglesia era un remanso de paz en medio del tráfico de la ciudad. Un murmullo acompañó la entrada de Jake. Luego apareció el novio con el padrino, y el padrino, por supuesto, era Dan.

Nada más entrar en la iglesia, guiado por un sexto sentido, la localizó… y no pudo sino quedarse mirándola. Le pareció la mujer

más bella y elegante de la iglesia. Y la competencia era dura.

Maldijo para sus adentros al ver que se sentaba junto a Jake. De modo que ese era el motivo, ¿no? ¿Por eso no le había devuelto las llamadas?

Megan deseó que la novia se diera prisa en llegar, pues le resultaba una auténtica tortura esperar sentada, preguntándose cuál de las despampanantes mujeres de la iglesia habría llevado Dan como acompañante.

Pero cuando Amanda apareció, radiante con un vestido de ensueño y más hermosa que nunca, Megan se emocionó tanto que acabó sacando el paquete de pañuelos que Helen le había metido en el bolso.

Cuando por fin, concluida la ceremonia, sonó la marcha nupcial, Megan mantuvo la vista clavada en el altar, determinada a no cruzarse con los ojos de Dan. Que no dejaba de mirarla. Este vio que Jake le decía algo al oído y que Megan sonreía en respuesta. ¿Desde cuándo estaban tan compenetrados?, se preguntó Dan, celoso.

Fuera de la iglesia, comenzaron las fotos. En seguida separaron a Jake de Megan, la cual aprovechó el momento para echar un vistazo disimulado a Dan.

Llevaba un traje tradicional, de chaqueta gris y pantalones negros, que le daba un aspecto increíblemente formal… y sexy.

—¿Cómo se dice… se toca, pero no se mira? —le preguntó Jake, de pronto, cuando se hubo desembarazado de sus admiradoras.

—No, se dice mira qué suerte has tenido escapando a tiempo.

—Ya —Jake no pareció muy convencido—. El coche espera fuera… ¿vamos al banquete?

—Cuando quieras —respondió Megan, sonriente.

Dan los observó alejarse, frustrado, incapaz de soltar la mano de una niñita de tres años que había decidido casarse con él cuando fuera mayor.

Jake le pidió al chofer que condujera despacio y solo cuando se halló ante la casa de los padres de Amanda, Megan empezó a ponerse nerviosa.

—Jake… no creo que pueda soportar el banquete.

—¿Y eso por qué? —preguntó él, sorprendido—. Si estás preocupada por conocer a la madre de Dan, tranquila. Estoy seguro de que congeniaréis.

¡La madre de Dan!

Le entraron ganas de salir corriendo, pero sabía que no podía escapar en ese momento sin desairar a Jake y a los novios.

—Lady McKnight, quiero presentarle a Megan Phillips —dijo Jake con suavidad una vez en la recepción del banquete.

—En… encantada de conocerla —balbuceó Megan, intimidada ante aquella mujer tan alta y elegante.

—Es la novia de Dan —anunció Jake, sonriente—. La llevó a Edgewood hace un par de semanas…

—Me alegro mucho de conocerte, Megan. He oído que eres perfecta para mi hijo —dijo lady McKnight con una mirada cálida y acogedora—. No imaginas cómo me alivia saber que mis dos hijos están en camino de proporcionarme algún nieto —añadió en voz baja.

Megan deseó que la tierra se la tragara. Pero no era el momento ni el lugar de decirle a lady McKnight que apenas había vuelto a hablar con Dan desde aquel fin de semana.

—Ha sido una ceremonia preciosa —acertó a comentar.

Luego se dirigió a Adam y Amanda, los besó en las mejillas y, al ver que Dan se acercaba a ella, se perdió entre los invitados y fue a refugiarse a una carpa especialmente dispuesto para la ocasión, donde diversas camareras circulaban sirviendo champán.

Agarró una copa y se la bebió de un trago. Luego cerró los ojos y pensó que resultaba irónico que, en contra de la descripción que Katrina le había dado de lady McKnight, esta la hubiera aceptado con tanta dulzura.

Alguien hizo una señal e indicó que había llegado el momento de entrar en el comedor. Pero Megan supo que no podría soportar asistir a la felicidad del flamante matrimonio cuando ella se sentía tan desgraciada. Así que dejó la copa de champán en una mesa y agarró su bolso con intención de desaparecer.

—Bueno, ¿dónde lo has dejado? —oyó que le preguntaban de repente.

Alzó la vista y se encontró de pronto frente a Dan, como un deseo hecho realidad.

—¿A quién? —Megan fingió no darse por enterada.

—¿A quién?, ¿a quién? —repitió Dan, enfurecido—. ¡A Jake, por supuesto!

—Supongo que estará dentro, rodeado de mujeres pesadas, como casi toda la tarde.

Dan consideró las palabras de Megan, las cuales no parecían la respuesta de una mujer enamorada precisamente.

—¿Estás viéndote con Jake? —quiso asegurarse, de todos modos.

—¿Viéndome?, ¿quieres decir acostándome con él? —replicó Megan, ofendida—. ¿Es eso lo que piensas? ¿Me crees capaz de saltar de tu cama a la suya directamente?

—¡No!, ¡por supuesto que no!

—¡Nada de por supuesto! —espetó ella—. Es lo que has sugerido

con esa estúpida e insultante pregunta. En cualquier caso, ¿a ti por qué iba a importante? —añadió con voz trémula.

Ni siquiera se paró a pensarlo:

—Porque te quiero.

Las palabras que no le había dicho a ninguna mujer salieron de su boca como si fuera la única respuesta posible y verdadera.

—¿De verdad? —preguntó Megan con precaución, temerosa de concebir falsas ilusiones.

—Sí, de verdad —dijo él con suavidad.

—¿Entonces por qué no me has hecho ni caso desde que volvimos de Edgewood?

Y su enojada pregunta disipó todos los miedos de Dan, más que cualquier declaración de amor apasionada.

—He sido el padrino de mi hermano. ¿Tienes idea del trabajo que eso supone? —contestó él—. Además, no es verdad que no te haya hecho caso. Te he llamado tres veces, dos no te pusiste y la tercera estuviste más fría que el infierno.

—El infierno no está frío —señaló Megan.

—Y he ido a tu despacho varias veces para invitarte a comer, ¡pero nunca estabas!

Eso era porque Marty, preocupado por ella, había insistido en que saliese a airearse un poco para que sus mejillas tomaran algo de color.

—¡Podías haber dejado una nota!

—¿Diciendo qué?, ¿que por primera vez en mi vida he conocido a una mujer con la que quiero casarme y que lo estaba haciendo todo mal? Te quiero, Megan —repitió Dan—. A ti y solo a ti. Para siempre.

—¡Oh, Dan! —dijo ella con la voz quebrada, dejando que las lágrimas salieran de sus ojos.

—¿Y tú me quieres, Megan? —le preguntó él entonces, tomándola de una mano.

—¡Sabes que sí!

—¿Y vas a casarte conmigo?

—¡Pero no soy una novia apropiada! —chilló dramáticamente—. ¿Qué va a decir tu familia?

—¿Eso es un sí?

—¡Claro que sí, tonto, más que tonto!

Y entonces la besó.

Y la besó. Y cuando el beso se hizo más profundo, oyeron un silbido que les anunciaba la presencia de un intruso…

Jake apareció con la corbata torcida y unas cuantas marcas de pintalabios en las mejillas. Los miró a la cara y sonrió:

—¡Lo sabía!, ¡el lenguaje corporal no engaña nunca! —exclamó

triunfalmente—. Porque tengo que daros la enhorabuena, ¿verdad? —añadió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Jake —dijo Dan mientras acariciaba un costado de Megan con un dedo—, ¿te apetece ser nuestro padrino?

Fin